



SS

**SERVICIO
SECRETO**

SILVER KANE

**DESDE ESTA
TUMBA OSCURA.**

Los tanques soviéticos, seguidos de la infantería, estaban entrando en la ciudad.

Al otro lado del Vístula habían estado ondeando las banderas rusas durante varios meses, pero ahora ondeaban ya en el interior de la capital.

La destruida y heroica Varsovia era como un inmenso cementerio donde montañas de cadáveres se pudrían y eran devorados por las ratas. Aquellas montañas de cadáveres estaban formadas en su mayor parte por soldados del derrotado ejército alemán. En vano las últimas divisiones de «panzers» intentaban detener el avance ruso. Como una marea que lo arrolla todo, los ejércitos soviéticos aplastaban lo que se interponía a su paso. Su artillería, disparando a cero, hacía saltar en pedazos el suelo y a los alemanes que estaban aferrados a él. Si alguno quedaba vivo, lo trituraban los tanques. Los pequeños núcleos de resistencia eran deshechos por la infantería. Y a los que, después de tantas pruebas, aún podían sostenerse sobre sus pies, los perseguía a sable desnudo la salvaje caballería de los cosacos, que había pisoteado ya miles y miles de cadáveres desde Stalingrado, en su arrollador galope a través de Ucrania.



Silver Kane

Desde esta tumba oscura

Bolsilibros - Servicio Secreto - 532

ePub r1.0

Lds 05.05.18

Título original: *Desde esta tumba oscura*

Silver Kane, 1960

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





Silver Kane

Desde esta tumba oscura

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

Las negras historias del crimen no empiezan y terminan en el mismo día. Las cadenas sangrientas del asesinato y la traición no suelen iniciarse porque sí, por pura casualidad, y terminar de pronto de una forma tan repentina como empezaron. No. Todas las cosas van ligadas en el diabólico mundo del crimen. Como por ejemplo en el extraño y alucinante caso Brunder, que ha llenado las páginas de los periódicos en 1960 y, sin embargo, se inició un anochecer en:

Varsovia, año 1944.

Los tanques soviéticos, seguidos de la infantería, estaban entrando en la ciudad.

Al otro lado del Vístula habían estado ondeando las banderas rusas durante varios meses, pero ahora ondeaban ya en el interior de la capital.

La destruida y heroica Varsovia era como un inmenso cementerio donde montañas de cadáveres se pudrían y eran devorados por las ratas. Aquellas montañas de cadáveres estaban formadas en su mayor parte por soldados del derrotado ejército alemán. En vano las últimas divisiones de «panzers» intentaban detener el avance ruso. Como una marea que lo arrolla todo, los ejércitos soviéticos aplastaban lo que se interponía a su paso. Su artillería, disparando a cero, hacía saltar en pedazos el suelo y a los alemanes que estaban aferrados a él. Si alguno quedaba vivo, lo trituraban los tanques. Los pequeños núcleos de resistencia eran deshechos por la infantería. Y a los que, después de tantas pruebas, aún podían sostenerse sobre sus pies, los perseguía a sable desnudo

la salvaje caballería de los cosacos, que había pisoteado ya miles y miles de cadáveres desde Stalingrado, en su arrollador galope a través de Ucrania.

Era el fin.

Y en Polonia, la primera nación esclavizada por la Alemania nazi, nadie sentía que los soldados de la Wehrmacht fuesen aplastados por los tanques y devorados por las ratas.

Los alemanes eran odiados hasta la muerte.

Pero en este odio había graduaciones, y los polacos reaccionaban de muy distinta manera según cual fuera el alemán que tuviesen delante.

Sabido es que en la Alemania nazi las fuerzas militares de tierra se dividían en dos grandes grupos: la Wehrmacht, o ejército normal, que tenía por misión combatir según las leyes habituales de la guerra, y a la que en cierto modo hasta sus propios enemigos respetaban por su eficacia y su magnífica organización. Y las S. S o fuerzas policíacas típicamente nazis, cuya única misión consistía en defender al Estado mediante el asesinato de todos sus enemigos, reales o imaginarios.

Los SS consideraban un orgullo lucir la calavera en sus uniformes, estaban especialmente entrenados para el asesinato en masa y toda la educación moral que se les daba consistía en no sentir el menor remordimiento, ni la menor impresión, ante el crimen más monstruoso.

Desde que comenzó la guerra, habían cometido más de diez millones de asesinatos a sangre fría, especialmente en Polonia, donde estaba el siniestro campo de exterminio de Auschwitz, en cuyas cámaras de gas eran ejecutados sin compasión millones y millones de hombres incapaces para el trabajo, mujeres y niños.

Esos crímenes tan monstruosos forman ya parte del pasado, afortunadamente, y buena parte de los que los cometieron han pagado ya sus culpas en el patíbulo. No es agradable hablar de eso. Un episodio tan siniestro de la historia de la Humanidad merecería ser olvidado para siempre.

Pero si se ha hecho aquí este breve resumen de la situación de Varsovia en 1944 es para que el lector comprenda claramente que un coronel de las SS, situado en la ciudad, podía esperar cualquier cosa en cuanto cayese en poder de sus enemigos. Cualquier cosa

que le costara sin remedio la vida, naturalmente.

Por eso Brander, vestido todavía de coronel, vagaba desesperadamente por las calles de la ciudad en busca de un refugio.

Ni las alcantarillas eran lo suficientemente seguras, porque habían sido casi destruidas durante la heroica insurrección polaca de unos meses antes, y porque los partisanos armados se dedicaban a cazar por ellas todo lo que llevase uniforme alemán.

Brunder no iba solo. Le acompañaba un teniente del Estado Mayor de la Wehrmacht, que llevaba un pequeño maletín en la mano derecha.

Aquel maletín iba sujeto a su muñeca mediante una cadena de acero, y por el cuidado con que el oficial lo transportaba se adivinaba que antes de soltarlo preferiría perder la vida.

Los dos hombres habían intentado salir de la ciudad en un destartado

«D. K. W.»,

pero dos manzanas más atrás habían tenido que dejarlo porque el coche llamaba excesivamente la atención de los tanques rusos.

Brunder gruñó:

—¡Vamos! Hay que intentar salir a pie.

—Nunca lo conseguiremos —dijo el teniente—. No seremos lo bastante rápidos. Nos cortarán antes la retirada.

—Ya lo sé, pero a pie no llamaremos tanto la atención. Nuestra única esperanza está en pasar por entre las líneas rusas.

—Es posible que no hayan llegado todavía a la zona de los «bunkers». Vamos por allí.

Los dos hombres corrieron más de dos millas, en continuo zigzag, por entre las calles acribilladas a balazos. El rugir de las cadenas de los tanques soviéticos se oía cada vez más cerca, pero cuando llegaron a la zona de los «bunkers», la más fortificada de la ciudad, los dos hombres vieron ondear aún una bandera alemana.

Brunder gritó:

—¡Estamos salvados, Friedman! ¡Nuestros soldados resisten todavía! ¡Por ahí lograremos salir de la ciudad!

Friedman, el teniente, con el rostro sudoroso y desencajado a causa de la fatiga, tuvo que apoyarse en una de las fachadas.

—No... puedo creerlo.

—¿Pero es que no lo ve? La bandera alemana ondea todavía. Es un punto clave, representa nuestra salvación... ¡Vamos, no hay que perder un minuto!

—No puedo creer... que tengamos esa suerte.

—¿Pero es que va a vacilar ahora, cuando estamos a dos pasos de la libertad? ¡Muévase!

El teniente jadeaba. Llevaba cuatro noches sin dormir, viviendo en una terrible pesadilla. En cambio, a Brunder la desesperación le daba fuerzas. Sabía que si caía en manos del enemigo lo más fácil era que no quedase de su piel un trozo lo bastante grande para forrar una moneda de diez centavos.

—¡Muévase! —rugió nuevamente.

Como el oficial no se movía ni obedecía su orden, Brunder desenfundó la pesada pistola de reglamento que aún llevaba al cinto.

—¡Sígame o le mato!

Los labios resecos y destrozados del teniente dibujaron una débil sonrisa.

—¿Por qué se preocupa tanto por mí, coronel? Sávese usted. ¿No es eso lo que le importa?

—¡No sólo me interesa salvarme a mí! ¡Tengo que salvar también a tantos hombres como me sea posible! ¡Y usted está bajo mi mando, Friedman! Haré que conserve la piel aunque no quiera.

Friedman, dominando su terrible fatiga, se irguió y adoptó una postura que recordaba a un correcto firmes. En cierto modo, a pesar de la derrota, era consolador ver que aún había oficiales que se preocupaban de sus hombres y arriesgaban por ellos la vida.

—Perdone, mi coronel —dijo—. A sus órdenes.

—Hay que cruzar junto a los «bunkers», de modo que nuestros uniformes se vean bien, para evitar que nos cosan a balazos nuestros propios camaradas. Una vez pasada esa zona, encontraremos la carretera de circunvalación. Pegados a la cuneta, lograremos recorrer un par de kilómetros. Luego estaremos a salvo.

—Bien, mi coronel.

—¡Muévase!

Pero no estaban ellos solos allí. Al oír la voz autoritaria del coronel y ver su uniforme, varios soldados acurrucados en los lugares más inverosímiles, y que ya se habían resignado a morir,

cobraron ánimos repentinamente. Armados con metralletas y bombas de mano, salieron de sus escondrijos para ponerse a las órdenes de Brunder.

Éste los miró como si no comprendiera de dónde diablo podían haber salido. Eran al menos veinte.

El de más graduación, un sargento, se cuadró con un taconazo.

—Estamos a sus órdenes, mi coronel.

—¿Qué hacían ahí? ¿Esperar a que los acribillaran los rusos?

—Ya no podíamos esperar otra cosa. Todos nuestros oficiales han muerto y apenas nos quedan balas.

—Pues intentaremos salir de aquí. Esta ratonera tiene un agujero, que es precisamente la zona de los «bunkers». Vamos a atravesarla y dentro de media hora estaremos fuera de la ciudad.

—Hace rato que ahí no se escucha ningún disparo, mi coronel. Es incomprensible.

—Porque los rusos no han llegado todavía a los «bunkers». Buena sorpresa van a llevar en cuanto se acerquen.

—¿Qué debemos hacer, mi coronel?

—Seguirme en grupo y pasar lo más rápidamente posible.

Los soldados formaron con toda celeridad y en un relativo orden. Brunder y el teniente Friedman se mezclaron entre ellos. Avanzaron en grupo hacia los «bunkers», en el centro de los cuales aún ondeaba la bandera alemana.

El sargento sonrió.

—Es maravilloso. Los nuestros resisten todavía...

Fue lo último que dijo en este mundo.

Una bala disparada con ametralladora pesada le atravesó la boca. Cuando cayó, su cabeza ya había saltado hecha pedazos. Una lluvia de bombas de mano fue a parar sobre el grupo de soldados.

Y unos hombres vestidos con uniformes demasiado conocidos para Brunder empezaron a aparecer por entre los bloques de cemento, disparando a placer y manejando sus bombas de mano y sus lanzallamas contra el grupo alemán, que en breves segundos quedó convertido en un montón de destrozados cadáveres.

¡Los rusos estaban ya allí!

¡Mantener en alto la bandera alemana había sido una trampa!

Escupiendo sangre, el teniente Friedman logró saltar hacia un costado justamente cuando las bombas de mano explotaban a su

alrededor. Se encontró rodando por un terraplén, amontonado confusamente entre varios cuerpos. Cuando dejó de rodar, lanzó un grito de angustia. Parecía que el corazón fuese a dejarle de latir. Su propia saliva abrasaba. Estaba tan cansado que parecía como si le hubiesen derramado plomo fundido en los pulmones y en los músculos de las piernas.

En aquel momento lo único que deseaba era morir.

Alzó la cabeza y miró hacia arriba, hacia lo alto del terraplén, deseando encontrar allí a cualquier soldado ruso que ya le estuviera apuntando con su metralleta. Seguro que hubiera muerto con una sonrisa. Le habían ordenado que llevara aquel maletín al cuartel general o que muriera, y en estos momentos la muerte le parecía lo más deseable. Si le cosían a balazos la piel, ¿no podía reventar tranquilo, pensando que había cumplido hasta el fin las órdenes?

Pero no había en lo alto del terraplén ningún enemigo. Todos estaban muy ocupados acribillando lo que quedaba del grupo. En cambio, dos hombres bajaban rodando en este momento, con los uniformes destrozados. Friedman reconoció a un soldado y al coronel Brunder, que se habían arrojado por allí como se hubieran arrojado a la misma boca del infierno.

Pero bastó que Brunder se encontrara abajo, sin oír silbar las balas a su alrededor, para que recuperara la serenidad inmediatamente.

Junto a ellos había un blocao casi intacto, adosado a las ruinas de una casa. El coronel ordenó:

—¡Ahí!

Sin saber cómo, los tres se encontraron dentro del «bunker» un segundo después.

Con gusto se hubieran dejado caer al suelo, porque las piernas no les sostenían. Pero a la débil luz que penetraba por las troneras vieron que ni eso era posible. El suelo estaba materialmente cubierto de cadáveres calcinados por los lanzallamas.

Friedman aún tuvo fuerzas para decir:

—Veo que usted no me deja ni un momento, coronel. Desde que nos hemos encontrado, a la salida del mando divisionario, lo tengo junto a mí. ¿Es que quiere que nos entierren juntos?

—¡Cállese! ¡Claro que nos van a enterrar juntos si sigue hablando!

—¿Es que le parece que nuestra situación no es bastante mala? ¿Teme que pueda complicarse más aún?

Vamos, coronel, no me haga reír porque luego resulta que me duele la cintura.

—Estamos vivos, ¿no?

—Si a esto le llama estar vivo...

—Mientras el corazón no ha dejado de latir, la lucha por la vida debe continuar. Y lo primero que debemos hacer ahora es guardar silencio. Los disparos han cesado, lo cual indica que nuestro grupo ha sido aniquilado por completo. Somos los únicos supervivientes, y los rusos no nos buscarán si no nos oyen. Recuerden que estamos rodeados por ellos.

—Está bien, si lo que se trata es de no hablar...

Fue en ese momento cuando Friedman, al seguir la dirección de la mirada del coronel Brunder, tuvo una sorpresa.

Antes de entonces ya había notado algo raro en aquella mirada. Algo extraño, sin saber definir qué. Y en este momento se dio cuenta.

Brunder no le miraba a él —¡no le había mirado nunca a él!—, sino que tenía los ojos fijos en el maletín.

Y esos ojos mostraban ahora una intensidad diabólica.

Friedman fue a decir algo, fue a lanzar una imprecación incluso, pero en ese momento una horrisona explosión cortó las palabras en su garganta.

Las cosas se habían complicado más aún.

Un tanque alemán acababa de llegar a aquella zona, atacando con fuego de cañón los grupos de infantería rusa. Pero era ya demasiado tarde para tomar la ofensiva. Los anticarros estaban por todas partes. Y hasta una pieza antiaérea soviética, de tiro ultrarrápido, había sido montada en las cercanías.

Varias bocas de fuego rugieron a la vez contra el tanque. Éste se defendió como pudo, pero a los primeros disparos sus cadenas saltaron hechas pedazos y ya no pudo moverse. Durante varios minutos fue machacado sin piedad, hasta que no quedó de él más que unos pedazos de hierros candentes.

Pero la trágica suerte del tanque decidió la de los hombres que estaban encerrados en el «bunker». Porque el atroz bombardeo cambió por completo la fisonomía de aquella zona, y la casa que

estaba junto al blocao se derrumbó, sepultando completamente a éste.

No quedó ni rastro del «bunker».

¡Los tres hombres que estaban en él habían sido sepultados vivos!

Las paredes temblaron en el interior del fortín. El mundo entero pareció venirse abajo. Y de repente un silencio absoluto, un silencio de tumba mil veces más angustioso que las explosiones, los envolvió a todos.

Friedman comprendió enseguida la terrible verdad.

Cayó de rodillas y se puso a rezar.

Hubiera querido morir pronto, acabar de una vez, pero le esperaba la más angustiosa de las agonías.

¿Cuánto tiempo podrían resistir en aquellas tinieblas, sin comer ni beber, rodeados de cadáveres en descomposición?

¿Cuál es la última capacidad de resistencia de un cuerpo humano?

¿Seis días? ¿Ocho?

¡Una eternidad!

Pero Friedman, mientras tanto, rezaba. Sabía que no iba a salir nunca de allí, y que tal vez jamás se encontrara su cadáver. Rezar era lo único que podía servirle de algo, cuando todo lo de este mundo estaba perdido.

El disparo le hizo volver a la realidad con una brusca sensación de estupor.

¿Quién disparaba allí? ¿Brunder tal vez? ¿Es que era tan cobarde como para quitarse la vida?

Abrió los ojos.

Vio con una mueca de incredulidad que Brunder empuñaba una linterna, con la cual alumbraba la escena. La lámpara era manejada con la mano izquierda, mientras que en la derecha relucía siniestra la pistola reglamentaria.

Brunder acababa de disparar con ella un proyectil dirigido al soldado.

Ahora apuntaba a Friedman.

El negro uniforme de oficial de las SS que llevaba Brunder le hacía parecer un gigantesco buitre acechando su presa.

Friedman abrió, asombrado, la boca.

—¿Por qué...? —Logró balbucir.

El primer balazo ya no le dejó terminar. Sintió que el proyectil había penetrado en su cabeza, dejándole ciego instantáneamente.

Otras dos balas le mordieron, una en el pecho y otra en la cadera.

Friedman cayó de bruces, mezclado entre los demás muertos.

Brunder, con una fría sonrisa aleteando en sus delgados labios, se acercó a él.

—No, no quería separarme de ti... —dijo en voz alta—. Ni ha sido casualidad el que nos encontrásemos a la salida del mando divisionario. Yo sabía que en ese maletín llevas joyas por valor de más de cinco millones de rublos rusos. ¡Las alhajas más importantes de todas las joyerías, museos y templos de Ucrania! Recibiste orden de ponerlas a salvo porque tú eras un hombre de confianza del Estado Mayor... ¡Uno de esos tipos que mueren estúpidamente para que los demás se hagan ricos!

Le volvió con el pie, haciendo que su linterna le enfocase bien. Las balas habían penetrado en tres sitios vitales. Luego revisó cuidadosamente con su linterna las paredes del «bunker», buscando una salida por desesperada que fuese. Porque el asesino sabía que no se volvería loco mientras allí hubiese un rayo de luz, pero que empezaría a lanzar aullidos inhumanos en cuanto se viese para siempre rodeado de tinieblas.

Tenía luz para unas seis horas. En cuanto la pila se agotase, ya no quedarían esperanzas.

Con una fría decisión, igual que una máquina, Brunder se puso a trabajar. El ser un hombre que no tenía sentimientos le resultó muy útil en esta ocasión. De la misma forma que había enviado a miles y miles de seres indefensos a las cámaras de gas, sin sentir la menor compasión de ellos, tampoco sintió compasión de sí mismo. Todo iría bien mientras quedase luz. Luego...

Dos horas empleó en descubrir que una de las paredes del «bunker» estaba formada por los cimientos de la casa contigua a él. Aquellos cimientos eran sólidos, pero estaban resquebrajados en una mínima parte. Si lograba abrir un hueco lo bastante grande para que pasara su cuerpo...

Le quedaban cuatro horas de luz.

Si lograba salir de allí, cuando lo consiguiese sería ya noche

cerrada. Podría escapar de la zona rusa llevando joyas que le convertirían en un hombre fabulosamente rico. Nadie le perseguiría, nadie se preocuparía de seguir el rastro de aquellas alhajas en la destrozada Alemania nazi. Valiéndose de su uniforme y de su rango, no le sería difícil ganar la frontera suiza y colocar las joyas en un Banco de cualquier ciudad helvética. Sólo un muro separaba para él la muerte más espantosa de la vida, la libertad y la riqueza. Ni por un momento pensó que podía pagar el mal que había hecho, cuando se puso manos a la obra.

Empleó bombas de mano, en forma de barreno, para resquebrajar más el muro, y por dos veces las horribles explosiones estuvieron a punto de volverle loco. Pero consiguió al fin abrir una pequeña grieta, que profundizó aún más valiéndose de las culatas de todos los fusiles que había en el «bunker». Todas las rompió, pero pudo al fin abrir una especie de camino de ratas por entre los escombros.

Al enfocar el camino con la linterna, vio que unos ojillos diminutos le miraban desde el otro lado. Una rata, sin duda, lo cual indicaba que había vida un metro más allá. Se oía incluso un rumor lejano de agua. Una alcantarilla, y el camino de la libertad, estaba tan sólo a unos pasos.

Brunder lanzó un rugido.

Su linterna estaba a punto de extinguirse. Apenas arrojaba ya unos diminutos rayos de luz. Y el asesino comprendía que si aquella luz se apagaba el terror se adueñaría de él.

Ahora que tenía una posibilidad de vivir, los nervios le pinchaban como alfileres ardientes dentro de su cuerpo.

Se arrodilló junto al cuerpo de Friedman y trató de desarticular la cadena que ligaba el maletín a la muñeca. No lo consiguió, a pesar de trabajar febrilmente durante más de veinte minutos. La pila se iba apagando. Ya apenas despedía luz...

Por fin Brunder, en vista de que no adelantaba en absoluto, tomó una decisión.

No importaba una monstruosidad más.

La bayoneta de uno de los muertos le sirvió para su obra. Cortar la mano de Friedman apenas le costó dos minutos.

Luego Brander salió de allí. Abandonó aquella tumba, convertido en una alimaña de alcantarilla, manchado de sangre y

con la marca de los asesinos en la mirada. Pero eso no le importaba ahora. Si lograba vivir un día más se convertiría en uno de los hombres más ricos del mundo.

Y Brunder vivió.

Éste fue el principio del caso. Ha sido preciso remontarse hasta ahí para que pudiera comprenderse con claridad lo que sucedió más tarde. Porque lo de Brunder no había hecho más que empezar. Él pensó que nadie seguiría la pista a aquellas alhajas. Pero un coronel de la SS condenado a muerte en rebeldía por un tribunal militar no está seguro en ninguna parte, y cinco millones de rublos mucho menos.

La confusión de los primeros años pasó. Pasó demasiado pronto, en opinión de Brunder, que continuaba vivo cuando casi todos sus compañeros habían sido ahorcados. Y pronto comprendió que los ingleses, los franceses, los americanos, los rusos y los judíos estaban siguiendo su pista, con la intención evidente de regalarle un ataúd de pino.

Brunder, sin embargo, no se atrevió a huir a América. Le pareció que la revuelta Europa era mejor refugio. Pero las cosas empezaron a complicársele otra vez en:

París, año 1950.

Cinco años después de terminada la guerra, París volvía a ser la ciudad excepcional que había sido siempre.

Sus bulevares estaban intactos, sus teatros y sus *cabarets* habían salido indemnes de la gran prueba, sus gentes alegres eran las mismas de siempre, los eternos hombres y mujeres del sonriente París.

Las revistas duraban en cartel dos años. Había dinero. La casa «Renault» empezaba a lanzar ya mil coches diarios. Los Gobiernos caían y se renovaban para que la gente tuviese siempre una noticia fresca cada día.

Teniendo algo de dinero, París era una ciudad donde la vida resultaba maravillosa.

Y aquel hombre de unos treinta y cinco años —había sido en 1944 el coronel más joven de las SS—, que usaba documentación falsa a nombre de Paul Meyran, contaba con dinero suficiente para gozar sin tasa de todas las delicias que ofrecía París.

Monsieur Paul Meyran era muy conocido por todos los conserjes, ordenanzas y cajeros de la central parisina del «Credit Lyonnais». Su cuenta, que disminuía de una forma regular a causa de los fuertes gastos de *monsieur*, se engrosaba también de vez en cuando con considerables aportaciones del extranjero. Paul Meyran solía retirar invariablemente, cada sábado antes de la hora del cierre, cien mil francos para sus gastos particulares. Y una vez al año ingresaba cerca de cien millones. Su cuenta corriente crecía. Los intereses tan sólo hubieran bastado para vivir bien una familia entera.

Pocos días antes de su ingreso anual, Paul Meyran hacía un viaje a Suiza y permanecía varios días en Ginebra, vigilando cuidadosamente las fluctuaciones del mercado mundial del oro. Después extraía un paquetito de la caja fuerte del Banco, visitaba a dos o tres joyeros y obtenía una cantidad de francos suizos que hubiese mareado a un magnate.

Naturalmente, esos joyeros no adquirirían las alhajas sin mirarlas. Lo primero que pensaron al ver a Paul Meyran era que éste se trataba de un fabuloso ladrón internacional.

Quando una joya valiosa es robada en cualquier lugar del mundo, la Interpol suele prevenir a todos los joyeros importantes, no importa de qué país. Y todos los *rappports* de la policía internacional fueron examinados antes de entregar a Paul Meyran un solo franco suizo.

El, naturalmente, contaba con todo aquello. Pero estaba muy tranquilo.

Las joyas procedían de colecciones particulares y de los bienes de los templos ortodoxos, y los alemanes se habían apropiado de ellas durante la guerra. Como tantas y tantas cosas en la inmensa y misteriosa Rusia, se había perdido su pista desde los tiempos del último zar. No figuraban en los catálogos ni su robo había sido denunciado fuera de la vía estrictamente diplomática. Ningún joyero puso el menor reparo a su compra.

Pero había otras piezas, las que habían sido robadas de algunos museos, que ofrecían mayores peligros para *monsieur* Paul.

Éstas no las ofrecía a los joyeros de Ginebra, que muy posiblemente conocerían aquellas alhajas a través de viejos catálogos. *Monsieur* Paul las desmontaba cuidadosamente en su habitación del hotel, hacía fundir el oro en Zúrich y lo vendía en

Ginebra en el momento de mayor alza. Luego, con las piedras preciosas separadas de su montura, viajaba hasta Holanda evitando cuidadosamente atravesar la frontera alemana. En Ámsterdam, donde estaba el mercado mundial de los diamantes vendía las piedras sin ninguna dificultad. Hecho esto —lo que al fin y al cabo no era demasiado trabajo, para realizarlo una vez al año—, ya podía regresar a París.

Y París recibía a *monsieur* Paul con la mejor de sus sonrisas.

Era un habitual de las terrazas de los cafés de los Campos Elíseos, donde es fama que se encuentran las mujeres alegres más bonitas de toda Europa. Paul había tenido en cinco años numerosas amistades femeninas, pero sin llegar a intimar de verdad con ninguna. Las mujeres le ocupaban, como máximo, una semana cada una, porque son animales de lengua larga, y él, a pesar de su pasaporte falso, tenía demasiados plintos flacos en su nueva personalidad. Su máxima obsesión era conseguir que nadie se fijase demasiado en él. Eso no podía conseguirlo en los Bancos, debido a su fortuna, pero los Bancos suelen estar dirigidos por personas discretas. En cambio, las mujeres se lo cuentan todo unas a otras, y luego se lo cuentan a otros hombres. Paul Meyran no quería exponerse a esto porque sabía que demasiada gente iba tras él.

Todo marchó perfectamente —e incluso no tuvo necesidad de abandonar su domicilio de París a causa de alguna alarma— hasta que perdió la cabeza por Mónica Stel.

Mónica era un producto típico de los barrios bajos de París. Se había movido en los peores ambientes desde los quince años, y conocía todos los vicios y todas las perversidades. Esto, por sí solo, ya significaba un intenso atractivo para un hombre como Brunder, hoy *monsieur* Paul.

Pero además Mónica tenía flexibilidad, arte, gracia. Sabía cantar con una voz pastosa y ronca, esa voz que Edith Piaff hizo famosa en los arrabales de París. Sabía moverse en las calles y en la intimidad. Había sido una estrella del «*strip-tease*». Después de entrevistarse un par de veces con ella, ya tuvo la sensación de que había encontrado a la mujer de su vida.

Fue entonces cuando Paul Meyran, en lugar de retirar del Banco cien mil francos semanales, retiró dos millones de una sola vez. A la semana siguiente retiró dos millones más. Y a final de mes, cinco.

Mónica, inevitablemente, al ver tanta riqueza, se sintió deslumbrada al principio, y llamó a *monsieur* Paul «su delicioso marrano», mientras le llenaba de caricias.

Pero luego pensó que aquel tipo —que no trabajaba ni parecía tener negocio alguno— tenía que sacar el dinero de alguna parte. Y se dedicó a averiguar si su «delicioso marrano» era un príncipe oriental, un descubridor de pozos de petróleo en Tejas, o un asesino.

Lo que descubrió la dejó paralizada.

Paul Meyran era algo más que un asesino.

Y con esa vehemencia de las mujeres que llevan sangre latina en las venas, no tardó en decírselo. Fue una tarde en que Paul la había invitado a tomar un *cocktail* en su apartamento de la rué de Rívoli. París entero sonreía bajo las ventanas. Las tiendas, bajo los porches de la famosa calle, estaban llenas de turistas. París olía a primavera, a flores, a perfume de mujer y a dólares frescos. Pero arriba, en la habitación de Paul, Mónica oía esta tarde a sudor, y toda su piel de tigresa estaba impregnada de una fina capa, como si la hubiesen cubierto de aceite.

—¡No eres más que un asesino! —gritó de pronto, mientras Paul preparaba los *cocktails*—. Te llamas Brunder y eres un antiguo coronel de las SS, uno de esos tipos que asesinaban sin piedad a mujeres y niños en las cámaras de gas. ¡Y mi madre era judía! ¡Mi madre murió en Auschwitz, seguramente bajo tus garras de fiera!

Paul Meyran no se inmutó. Estaba derramando ginebra en un alto vaso, y no dejó caer ni una gota más de las precisas para obtener un excelente *cocktail*. Sus ojos se volvieron indiferentes hacia Mónica.

—¿Dices que yo me llamo Brunder? ¿De dónde has sacado eso? ¿No te mostré una vez mi pasaporte y mi talonario de cheques? Yo soy Paul Meyran. No puedo engañar a nadie. Me revisan el pasaporte cada seis meses para permitirme seguir en París.

—Sí, ya lo sé.

—¿Entonces...?

—Te robé el pasaporte anteayer, *mon cochon*, y lo hice examinar por un especialista en falsificaciones. Dice allí que naciste en la isla de Guadalupe, y que perdiste la nacionalidad por haber servido en un grupo sanitario alemán durante la última guerra. Muy bien, muy

ingenioso. Incluso ese detalle explica tu acento germano. Pero se da la insignificante circunstancia de que el pasaporte es falso.

—¿Cómo lo sabes?

—El especialista me lo aseguró.

—Dile a ese especialista que aún tiene que aprender muchas cosas. Y ahora deja de pensar estupideces. Toma, bebe este *cocktail*.

—¿A qué sabe? ¿A «Cyclon B»? ^[1].

Los dedos del alemán apretaron con fuerza el vaso. Empezaba a perder el dominio de sus nervios.

—Te he dicho que estás equivocada. Bebe.

—No, no me equivoco —susurró Mónica, con voz silbante—. También he averiguado de dónde sacas el dinero. Vendes joyas en Ginebra y en Ámsterdam. Un hombre que tiene gran amistad conmigo te conoce. Te ha estado vigilando durante los últimos meses.

Paul palideció.

—¿Que alguien... me conoce? ¿Quién?

—No tengo inconveniente en decírtelo. Se llama Zeissman, y ha estado cuatro años en la cárcel por crímenes de guerra. Te vio casualmente en París y sigue todos tus pasos, aunque aún parece no haber encontrado el modo de acercarse a ti. Pero no temas, no pretende denunciarte. Sólo quiere una parte razonable en tus beneficios.

Los dientes de Brunder rechinaron, y otra vez en sus ojos apareció aquella mirada malévola que ya parecía haber olvidado desde cinco años atrás, aquella mirada de fiera acorralada que tuvo por última vez en el «bunker» de Varsovia.

—¿Y tú, Monique? ¿Qué es lo que pretendes tú? ¿Una cantidad más fuerte de dinero?

—Yo no quiero nada tuyo, *mon cochon*. O, mejor dicho, sí: quiero tu piel de serpiente para hacerme un monedero y unos zapatos. Antes de venir aquí he hablado ya con la Embajada americana. ¿No sabes que allí el

C. I. A.

tiene destacados a algunos de sus elementos más cariñosos? Pronto vendrán un par de ellos a abrazarte con tanta fuerza que no podrás mover tus malditos brazos en un mes. Estás reclamado por diversos tribunales. ¡Acabarás en la horca! Te juro que...

Mónica se interrumpió de pronto.

Había visto que algo brillaba en la mano izquierda de Brunder. Intentó alcanzar su bolso y lo consiguió, abriéndolo y empuñando una pistola corta que ya llevaba cargada.

Pero no llegó a dispararla.

Mónica, la hermosa perversa salida de los arrabales de París, ya no volvió a llegar a tiempo a ninguna parte.

Brunder le seccionó la yugular de un hábil tajo, apretando la boca de la mujer hasta que ella se desangró. Sentir las palpitaciones de Mónica mientras la iba envolviendo la muerte produjo en Brunder menos impresión que ver apagarse un cigarrillo. Lo único que le preocupó fue no mancharse de sangre.

Cuando Mónica estuvo muerta, la soltó, se apoderó de su bolso y salió precipitadamente al rellano. Todo lo tenía perdido, pero aún había algo por salvar: la piel. Y su propia piel era la única cosa que en el mundo tenía importancia para Brunder.

Bajó por la escalera mientras dos agentes del
C. I. A.

subían en el ascensor. Pocos minutos después, París se lo había tragado como a un fantasma.

CAPÍTULO II

Dos de los agentes del
C. I. A.

se cruzaron con Brander sin darse cuenta. Uno de ellos era bajito y delgado; el otro era alto, recio y con un impresionante tipo de luchador.

Caer bajo el efecto demoledor de los puños del alto era ir derecho a la tumba. Pero quizá era peor caer bajo una llave de su insignificante compañero, un profesor de judo capaz de romper la columna vertebral de un hombre en menos de diez segundos, dejándolo paralítico para el resto de su vida.

Había tenido razón Monique. Si aquellos dos tipos cariñosos, enviados por la Embajada, abrazaban a Brander, éste no podría mover los brazos en un mes.

Pero, afortunadamente para Brander, ninguno de los dos le vio. Un asesino a quien hubieran podido triturar, a pesar de su navaja y de sus tretas, se les escapó disolviéndose como un átomo humano más entre los cinco millones de habitantes de París.

Cuando los dos agentes abrieron con una llave maestra la puerta del departamento, el pájaro había volado y la jaula estaba vacía.

Solamente quedaba el cuerpo de la mujer a la que había mantenido cruelmente quieta, mientras se desangraba.

El más alto hizo un gesto mientras cerraba la puerta.

—¿Qué te parece esto, Jim?

—Porquería pura, Clark. Ese canalla le ha cortado la yugular de un tajo limpio, y además hace sólo un momento de eso. Es raro que ella no haya gritado.

Clark encendió un cigarrillo.

—Seguramente le ha tapado la boca mientras se desangraba. Un

trabajo fino.

Se dirigió al teléfono, lo descolgó y marcó el número de la Prefectura de Policía. Se identificó como funcionario de la Embajada norteamericana y dio cuenta del hallazgo, detallando además las señas del culpable. Eso no era difícil, porque tenía una foto en un marco de piel delante de sus ojos.

—Emil Brunder tiene sus fondos depositados en el «Credit Lyonnais» —añadió— y es posible que lo primero que haga sea intentar extraer una parte considerable de ellos. Envíen enseguida un coche-patrulla a las oficinas centrales, y si obran con discreción aún pueden atraparlo.

—¿Dice que es un funcionario de la Embajada norteamericana? ¿Quiere repetirme su nombre?

—Clark Loman.

—Lo comprobaré.

—Hágalo después. Ahora ocúpese de ese pájaro o se les irá de entre las manos.

También es seguro de que intentará salir inmediatamente de París.

Colgó.

Jim estaba arrodillado junto al cadáver, examinándolo.

—¿Qué te parece?

—Confirmando lo que he dicho al principio. Muerta hace apenas unos minutos. O nosotros hemos llegado demasiado tarde o ella dejó suelta la lengua demasiado pronto.

—Me inclino por esa segunda posibilidad. Nosotros hemos llegado a la hora prevista, segundo a segundo.

—Bueno —dijo Jim, poniéndose en pie con un suspiro—, lo cierto es que nosotros tenemos ya muy poco que hacer. Éste es un crimen del que ha sido víctima una ciudadana francesa, y la investigación corresponde a la Prefectura de París.

—No creo que los gendarmes tarden demasiado. A propósito, tengamos listos los documentos que nos acreditan como chupatintas de la Embajada. Oficialmente, el

C. I. A.,

no tiene un solo agente en París. ¿De qué marca son esas botellas?

Se acercó al mueble-bar, tomó un vaso limpio y se sirvió *whisky* hasta la mitad.

Lo bebió puro.

—Brunner no se daba mala vida, diablos. Siento no poder entrar en muchas casas como ésta.

—Me parece que tú vas a entrar en muy pocas casas más —dijo Jim, mirándole fijamente.

—Tienes razón. Es mi último servicio. Mañana, el avión «Jet» de la T. W. A.

y a Nueva York en siete horas. Luego a Washington, al despacho del viejo Allen Dulles. Y el pasaporte.

—Tú te lo buscaste, Clark. Desobediencia gravísima de una orden.

Clark lanzó el cigarrillo y expiró el humo con fuerza, mientras a través de la ventana miraba la tarde luminosa de París. Sus poderosos músculos parecieron relajarse; su atlética figura se suavizó. Hasta sus ojos fríos y grises brillaron con una luz más humana.

—Tú te lo buscaste —repitió Jim—. Estabas practicando el espionaje en un país amigo, y la orden que tenías era suicidarte antes de que te capturaran, para evitar conflictos internacionales. No cumpliste esa orden. Tampoco te capturaron, es cierto, pero pudieron identificarte. Y el conflicto internacional surgió y fue creciendo y creciendo como el hongo de vina bomba de hidrógeno.

—Claro que no cumplí esa orden —dijo secamente Clark—. Jamás había pensado cumplirla.

—¿Por qué?

—Por lo del suicidio. A pesar de que me veo metido en esta cochina vida, todavía tengo algunas convicciones religiosas. Todavía me acuerdo de que tuve una madre y de que un sacerdote, cuando yo era niño, me dijo que el suicidio es un pecado de los que difícilmente tienen remedio. En fin, no lo hice. Sé que algún día me encontraré en el camino de una bala, pero no seré yo quien la haya disparado.

Jim se sirvió también un chorro de *whisky* y lo bebió con método, calmamente.

—Lo siento, Clark, porque hubieses hecho carrera. Estos seis meses que te han tenido en París, hasta que todo se olvidara, me han demostrado quién eres. Pero ahora se terminó. Tienes que irte a

Nueva York, y no hay ciudad más pútrida que Nueva York en verano. ¿Vas a establecerte allí?

—Puede.

—¿Cómo detective privado?

—Eso es lo que pensé al principio. Y lo que haré, si no encuentro otra cosa mejor.

—No pondrán ninguna dificultad para darte la licencia. Es lo menos que pueden hacer.

Clark se sirvió otro *whisky*. Alzó ligeramente el vaso y miró a la muerta, como si brindase por ella.

—Este asunto está terminado, Jim. Si la Policía descubre a Brunder antes que nosotros, lo guillotinarán cualquier día al amanecer. Pero nos interesa más a nosotros encontrarlo. Nuestros tribunales lo tienen reclamado por diversos crímenes de guerra, igual que los franceses, los ingleses y los rusos. Entregarlo a los rusos, por ejemplo, o admitir que enviaran un pliego de cargos, aliviaría la tensión internacional. Ya que Brunder no ha servido para nada en vida, al menos que sirva para algo después de muerto.

Bebió otro largo trago, hasta dejar vacío el vaso.

—Pero de esto tendrás que ocuparte tú, Jim —dijo en voz baja—. Yo ya estaré en Nueva York pudriéndome de calor bajo el sol de agosto. De todos modos, si los de la «Sureté» capturaran primero a Brunder, pide que te den una plaza de testigo para ver cómo lo guillotinan.

—Lo haré.

Los dos hombres estaban mirando a la muerta.

Después de haberla olvidado parecían darse cuenta nuevamente de que estaba allí, de que significaba algo y de que pedía venganza.

En ese momento llamaron a la puerta.

Jim abrió. Cuatro gendarmes y un inspector vestido de paisano se precipitaron al interior.

Todos pusieron una cara extraña al ver a la chica. Y es que a los franceses no les gusta ver mujeres muertas. Tienen el suficiente buen gusto para preferirlas vivas.

Mientras el inspector examinaba el cadáver, ayudado por un gendarme, otro se apoderaba del teléfono para llamar a la Prefectura, y el tercero y cuarto dedicaron su atención a los dos americanos.

—Documentación, por favor.

Ambos mostraron sus pasaportes diplomáticos y su contraseña de empleados de la Embajada. Actuaron con aire tímido, como si aquello les asustara un poco. Lo que menos pudieron sospechar los gendarmes era que tenían delante a dos agentes del

C. I. A.,

y de que bajo sus americanas, bien cortadas, descansaban dos petardos del calibre pesado con ocho balas cada uno. Los trámites se deslizaron como una seda.

Jim declaró treinta y cinco años, y Clark Loman veintitrés. Eran los que en realidad tenían.

—¿Por qué estaban aquí? —preguntó el gendarme de mayor graduación.

—*Mademoiselle* Monique había solicitado un visado para entrar en los Estados Unidos —repuso Jim—. Teníamos unos informes muy contradictorios acerca de ella. Y hemos venido a hacer una información.

—Sí, claro que sus antecedentes eran dudosos —gruñó el gendarme con una sonrisa cómplice—. Tenía una ficha así de grande en la Policía por sus actividades demasiado elegantes. Claro que era buena chica Monique, y siempre la habíamos tratado bien. El cerdo que la apioló irá a la guillotina en cuanto le echemos el guante. Por éstas.

Cruzó los dos dedos. Clark suspiró.

—Se llama Brunder.

—Eso dijeron ya al hacer la denuncia. ¿Cómo lo saben?

—Entramos en el departamento cuando Monique acababa de morir —explicó ahora Jim—; sin duda el asesino descendió por las escaleras mientras nosotros subíamos en el ascensor. Cuando ella nos dio hora, dijo que antes tenía una entrevista con un tal Brunder, y que él garantizaría su solvencia económica porque tenía fondos en el «Credit Lyonnais». Previamente hicimos una pequeña investigación. Ese tal Brunder existía realmente, y era un hombre rico. Aquí tienen su fotografía.

Señaló con el índice el retrato. El gendarme desmontó el marco y extrajo la fotografía, guardándola en uno de los bolsillos de su guerrera azul.

—Si es él, lo atraparemos.

—Me gustaría que lo hicieran —suspiró Clark— porque, afortunadamente, en Francia aún existe la guillotina. Sí ese tipo llega a matar a Monique en Italia o en Austria, le hubieran condenado como máximo a cadena perpetua. En fin, no quisiera estar en su piel.

El inspector acababa de recoger lo que había en el suelo, procedente del bolso de la víctima.

—Llevaba una pistola —indicó—; y está cargada y sin el seguro. La gatita se temía algo y había empezado a enseñar las uñas.

—Seguro —dijo uno de los gendarmes—. Pero si temía al tal Brunder, ¿por qué vino a su departamento?

Porque éste es su departamento, y el hecho de que él no esté, le acusa claramente.

—Monique hacía muchas visitas —dijo el inspector con gesto raro—. Lamento no haberla conocido mejor cuando todavía era una muñeca.

El teléfono repiqueteó. Eran los agentes que habían salido en un coche-patrulla hacia la central del Banco, sin que hasta el momento hubiesen visto la menor traza de Brunder.

—No será tan tonto como para ir —dijo el inspector—. Su máximo interés consistirá en huir de Francia, pero ya hay vigilancia en todos los aeródromos y carreteras. Bueno, esto ha quedado listo por lo que se refiere a nosotros, André. Puede venir el forense y disponer el traslado del cuerpo a la Morgue, si le parece bien. Llamad al equipo técnico para las huellas y los indicios. ¡Ah! Y esa fotografía del marco que vaya a grabador y a imprenta inmediatamente para obtener quinientas o mil copias. ¿Ya han declarado ustedes dos?

Miraba a Jim y a Clark.

El gendarme hizo un signo afirmativo.

—Todo está en regla. Son funcionarios de la Embajada norteamericana, como dijeron.

Los motivos de su estancia aquí están claros.

—No pueden detenernos —dijo Jim, con una timidez perfectamente fingida.

—De acuerdo. Lárguense.

Los dos hombres hicieron un saludo y se largaron.

Ni una mirada para Monique.

Era una huella más en la senda siniestra de Brander. Y los dos hombres, al tomar de nuevo contacto con la calle, pensaron que Brunder caería algún día.

Pero mientras tanto estaba vivo en París, y seguramente con dinero fresco. Podía seguir cortejando a las mujeres en los cafés. Podía seguir degollándolas.

Clark hizo un gesto raro.

—Mi última tarde en París.

—Lástima que todo haya salido tan mal. Esa chica no nos dio apenas información. No nos dijo dónde podía tener Brunder el depósito central de dinero. Porque estoy seguro de que en París no tenía más que una mínima parte, y de que se largará con viento fresco hacia el sitio donde esconda su capital. No creo que, a pesar de todo, salir de París le vaya a ser tan difícil.

—Por si acaso vamos a Orly. Puede que nosotros veamos mucho más que los polizontes del aeródromo.

Su magnífico «De Soto» descapotable, matrícula diplomática, estaba estacionado en un sitio inverosímilmente pequeño, cerca de la estatua de Juana de Arco. Clark lo sacó con una sola y hábil maniobra, enfiló la rué Rívoli, salió a la Concordia y desde allí tomó la ruta hacia el lejano aeródromo de Orly.

Al llegar, vieron enseguida que no había más vigilancia que de ordinario. Pero aun así, un hombre hábil y rápido hubiera podido filtrarse, si llevaba su pasaporte a punto. Sobre esto Clark, especialista en entrar y salir de toda clase de países, no se hacía demasiadas ilusiones.

Precisamente cuando llegaron, acababa de marchar un avión con destino a Ginebra.

Ninguno de ellos sospechó que en aquel puntito oscuro bajo el cielo viajaba Brunder. Y sin embargo, así era. Dos horas después estaría en la orilla del lago Lemán, donde guardaba la mayor parte de su fortuna.

Los dos hombres permanecieron en Orly hasta el anochecer. Luego fumaron su último cigarrillo y regresaron al centro de la capital.

Clark no lograba arrancarse de la cabeza la imagen de la muchacha degollada. Su última noche en París.

Al diablo.

Se metió en cama a las nueve. Ni siquiera fue a dar una última vuelta por Pigalle, para despedirse. Pero a pesar de sus buenos propósitos, no consiguió dormir. Se había fumado un paquete entero a las tres de la madrugada cuando al fin logró cerrar los ojos.

CAPÍTULO III

Brunder sólo fue noticia para los periódicos parisienses una breve temporada. Apenas una semana, hasta que noticias más importantes ahogaron la de aquel crimen. La guerra de Corea, por ejemplo, absorbía la atención de los columnistas. Siete días después de ser enterrada Monique en el cementerio de Del Padre Lachaise, no se acordaban de ella más que unos cuantos gendarmes e inspectores que habían tenido que efectuar misiones de vigilancia en los sectores más depravados de París.

Jim también se acordaba de ella, y movió numerosos hilos desde su puesto en la Embajada norteamericana. Pero ninguno de ellos le llevó hasta la madeja.

Casualmente, el único tipo que hubiera podido aclararle algo pasó junto a él, sin que Jim se diera cuenta.

Era un alemán llamado Zeissman, un técnico notable que había permanecido varios años en la cárcel por crímenes de guerra.

Zeissman se presentó una mañana en la Embajada solicitando pasaporte para los Estados Unidos. Jim, que de vez en cuando estaba en las oficinas para justificar su cargo oficial, le atendió. Zeissman tenía una carta de reclamación del equipo técnico de Von Braun, que se ocupaba de todas las investigaciones astronáuticas en los Estados Unidos. Era un buen técnico y hacía falta allí. En la Embajada no podían ponerle grandes dificultades para el pasaporte, y no se las pusieron.

Jim llenó su ficha. Le preguntó, entre otras cosas, cuál había sido su último lugar de residencia. Ginebra.

—¿Por qué Ginebra, precisamente? ¿Qué hacía allí?

—Buscaba a un hombre.

—¿A quién?

—Perdone, pero es una cuestión puramente personal.

—¿De qué ha vivido hasta ahora?

—A salto de mata, hasta que obtuve esa carta de reclamación del equipo de Von Braun. Tengo sólo en el bolsillo los francos indispensables para pagarme el viaje. Ustedes y esa carta son mi última esperanza.

—El hombre a quien buscaba en Ginebra, ¿tenía que proporcionarle dinero?

—Sí.

—En ese caso, siento que no lo haya encontrado.

—Más lo siento yo.

—No desespere. Quizá dará con él en los Estados Unidos.

—¡Quién sabe...!

Cuando Zeissman se alejó, una hora más tarde, llevándose su pasaporte y su visado, Jim se fijó casualmente en que había un periódico doblado en uno de sus bolsillos. Zeissman debía haberlo leído muchas veces, porque estaba viejo y arrugado. La parte que sobre salía bastó a Jim para darse cuenta de que era un ejemplar de «Le Figaro» y de que publicaba una fotografía de Monique.

¿Una casualidad?

¿Un indicio?

Cuando Jim se hizo estas preguntas, Zeissman y su periódico ya estaban fuera de las oficinas.

Inmediatamente puso una conferencia al Consulado en Ginebra.

—Necesito saber si últimamente ha estado ahí un hombre llamado Brunder, cuyo pasaporte estaba extendido a nombre de Paul Meyran. Me interesa saber si tenía dinero, si sigue en la ciudad o ha emprendido el vuelo. Llamaré otra vez dentro de seis horas.

Jim, el hombrecillo de aspecto insignificante, que podía triturar a un gigante en diez segundos, comió en una «brasserie» cercana al bulevar Montmartre. Luego atendió a diversos asuntos y a media tarde volvió a telefonar a Ginebra.

—Sí —le dijeron—, un tal Paul Meyran estuvo aquí hasta hace unos días. Vivió en los mejores hoteles, pero cambiando con frecuencia de uno a otro. Incluso llegó a cambiar de habitación dentro del mismo hotel. Daba la sensación de que temía a alguien, de que le perseguían...

—¿Se movió la Interpol? En Francia se supo enseguida que Paul

Meyran y Brunder eran una sola persona. Debieron dar su descripción a toda Europa. ¿Y no ha pasado nada...?

—Nada. Seguramente se buscaba a ese tipo en ambientes menos elegantes que los que él frecuentó. Por otra parte, se había dejado crecer una pequeña barba, suficiente para desfigurarle si uno no se fijaba especialmente en él. Y no se fijaron, Jim, te juro que no se fijaron. Los conserjes de hotel miran más los equipajes del cliente que al cliente mismo. —¿De modo que Brunder tenía dinero?

—Un montón.

—¿De dónde infiernos lo sacaba?

—He averiguado que tenía alquilada una caja fuerte en la «Société de Banque». La dejó vacía al largarse de Ginebra. Naturalmente, ha sido imposible averiguar lo que contuvo.

Sólo puedo decirte que ha estado alquilada los cinco últimos años.

—¿De modo que ese pájaro se largó?

—Hace cinco días.

—¿A dónde? Supongo que habrás podido averiguarlo. Su pasaporte tenía que estar anotado en todas partes.

—Existe una denuncia por paso clandestino de frontera. Fue él, Jim. Se largó a Alemania, aunque parezca increíble. No había estado allí desde el fin de la guerra, pero esta vez se atrevió. Sin duda contaba con encontrar allí algunos buenos amigos.

—Y después de eso, ¿has perdido su pista?

—No. Y es difícil que imagines la cantidad de cosas que he llegado a hacer en seis horas. He telefoneado a todos nuestros servicios y Consulados de Alemania Occidental. La única respuesta positiva ha llegado de Hamburgo, donde Brunder fue visto por un agente de la Interpol. Pero luego perdió su pista, y se supone que ha conseguido largarse a Méjico.

—¿Por qué a Méjico?

—Porque hay una organización que se dedica a sacar fuera del país y trasladar a América a viejos criminales de guerra que tienen dinero. Naturalmente, la entrada en Méjico la hacen de forma ilegal y peligrosa, pero prefieren ese país por ser fronterizo a los Estados Unidos. Es todo lo que puedo decirte, Jim. Las huellas se pierden ahí.

—Ya es bastante. Gracias.

Jim colgó.

Inmediatamente hizo un informe oficial para la Embajada, informe que pondría en movimiento una extensa red de vigilancia dentro del territorio de los Estados Unidos.

Pero, además, no contento con esto, Jim escribió a Clark Loman.

Clark Loman, por entonces, ya estaba en Nueva York. Había sido destituido de todos sus cargos. Era un simple detective privado más en la gran colmena sudorosa.

Clark recibió la carta dos días más tarde, y tomó nota de todos sus datos. Pero sabía que aquello no iba a servir de nada. Que, a pesar de todo, Brunder se les había escabullido y no conseguirían atraparlo ya.

Guardó la carta.

CAPÍTULO IV

Cuando un tipo provisto de documentación falsa logra atravesar la frontera de un país con más de doscientos millones de habitantes, lo más fácil es que ya nadie logre dar con él.

Es imposible vigilar a doscientos millones de hombres y mujeres que crecen, trabajan, riñen, se multiplican y mueren. Claro que hay pequeñas trampas por las que todo el mundo tiene que pasar, como por ejemplo los impuestos, las vacunaciones obligatorias, los agentes del censo, el permiso de conducir... Uno no puede tener bien resueltos todos estos asuntos si ha entrado clandestinamente en el país. Pero basta ser un poco listo para, a pesar de todo eso, no llamar la atención de nadie.

Brunder era listo.

Durante nueve años fue de un lado a otro del inmenso país, viviendo en pensiones y en lujosos hoteles, cambiando de personalidad al menos dos veces al año, trabajando en granjas aisladas para desorientar, presentándose una semana después como un millonario de Wall Street, atravesando todas las capitales, ciudades, villorrios y desiertos de los Estados Unidos. En nueve años tuvo tiempo para todo.

Durante ese período no pagó ningún impuesto, no renovó los documentos falsificados, no se sometió a ninguna revisión médica y no condujo un automóvil, puesto que le hubiera sido necesario obtener un permiso. Pero logró escapar una y otra vez de las redes sutiles tendidas por la Policía.

La verdad era que nadie se fijaba especialmente en él.

Había alquilado una caja fuerte en una sucursal del First National Bank, de Chicago. Le pareció bien Chicago porque era una ciudad populosa y a la que acudían gentes de todas clases, por lo

general negociantes ocupados a los que se hacían pocas preguntas. En esa caja fuerte depositó el resto de las alhajas que había logrado salvar de Ginebra.

Aún tenía suficiente para vivir muchos años, mientras encontraba otra salida.

Iba a Chicago una vez al año, como había hecho en Europa, para retirar unas cuantas joyas y venderlas a los joyeros de Nueva York con las mayores precauciones. El resto del año lo pasaba vagabundeando por el país, del Atlántico hasta el Mississippi, y desde el Mississippi a las Montañas Rocosas.

Así consiguió llegar hasta finales de 1959, precisamente cuando supo que los judíos habían creado una extraña organización.

A pesar de que habían sido ahorcados muchos asesinos profesionales al servicio del III Reich, aún quedaban esparcidos por el mundo otros tantos que no habían pagado sus crímenes. Y los judíos asentados en Israel, los que habían sido las principales víctimas en otro tiempo, crearon una organización secreta para capturar a todos esos hombres y hacerlos comparecer ante un tribunal de su país.

Todo esto se lo explicó a Brunder una muchacha judía.

Ella era morena, de tez limpia y blanca, y sus formas eran las más esculturales que Brunder recordaba haber visto en muchos años. A pesar de ser una chica descarriada, tenía escuela, tenía estilo. En cierto modo recordaba a Monique, aunque ésta, en todos sus gestos y palabras, denotaba tener un alma perversa, mientras que Judith, la muchacha judía, conservaba en cierto modo un alma inocente y temerosa.

Brunder la invitó a cenar, la hizo beber y lo preparó todo para pasar con ella una buena velada. Pero la conversación, cuando Judith hubo bebido bastante, marchó por derroteros que él no había esperado.

—Hoy ha llegado David —susurró ella, con voz ligeramente pastosa.

—¿David?

—Sí. Lo he visto en el aeródromo, aunque él ha fingido no reconocerme. Sé que intentará no mantener relaciones con nadie mientras esté en Nueva York. ¡El muy presuntuoso...!

—No me interesa lo de David, nena. Hablemos de otra cosa.

Hablemos de ti.

—Tú eres fuerte, más fuerte que él, y te conservas muy joven, aunque debes tener unos cuarenta años. Me gustaría que le aplastases la cara.

—¿A David?

—¿A quién, si no?

—¿Qué te ha hecho?

—Fuimos novios hace cuatro años, antes de que él decidiese ir a vivir a Israel, a una de aquellas horribles granjas colectivas. Yo tenía el visado de entrada en los Estados Unidos y no quise pudrirme en aquella miserable faja de terreno, que algún día arrasarán los árabes. Por eso rompimos y por eso se separaron nuestras vidas. Qué romántico, ¿no? Eso de separarse las vidas siempre ha sonado bien. Pero lo cierto fue que yo reventé aquí, mientras él era feliz en su cochina franja de tierra. Ahora ha vuelto. Cuando le he visto casualmente me ha dado un vuelco el corazón, pensando que venía en mi busca. Pero no. Ni tan siquiera me ha saludado con un gesto.

A Brunder le aburría aquella conversación. Y cuando más le aburría la conversación, más le gustaba la chica. Sólo para no estropearlo todo, se limitó a fingir un relativo interés.

—A lo mejor no te ha reconocido —dijo.

—¿No? Nunca se te hubiera ocurrido decir eso si conocieras a David. El tiene memoria de elefante, él lo recuerda todo. Enséñale una fotografía hoy durante cinco segundos y dentro de veinte años la identificará sin vacilar entre dos mil de ellas. Nunca se le ha olvidado nada a David. ¡Nunca! Por eso lo han elegido.

—¿Lo han elegido para qué?

—Para capturar algunos fugitivos alemanes de la última guerra.

Los labios de Brunder, que sonreían, se convirtieron de pronto en una línea seca, pero ella no lo notó.

—¿Qué es eso? —susurró Brunder—. Quiero decir: ¿Qué significa?

—Cosas que yo imagino. No puedo tener la certeza de que David haya venido para eso, pero casi estoy segura.

—¿Y quién le envía?

—Oficialmente, nadie, pero debe contar con el apoyo de todos los judíos esparcidos por el mundo. Y con el apoyo del Gobierno de

Israel, si llegara a hacerle falta.

—No acabo de comprender. ¿A quién dices que busca?

—Eso, a los americanos, ¿qué les importa? En cambio, a los judíos cuyos padres o cuyas esposas murieron en Auschwitz sí que nos atañe. Hay muchos hombres de las SS, muchos verdugos profesionales, que aún no han pagado sus culpas. Los tribunales los reclaman, pero ellos nunca aparecerán. Y los hombres como David recorren el mundo buscándolos.

Brunder tenía un vaso de *whisky* al alcance de la mano. Lo bebió sin vacilar, sintiendo cómo el líquido quemaba su garganta. Pero ni aun aquello le dio ánimos.

Hasta ahora su vida había consistido en escapar a rutinarias pesquisas, a vigilancias ineficaces. Había llegado a tener la sensación de que nadie se preocupaba de él, de que nadie le buscaba. Pero ahora, bruscamente, todo había pasado a ser distinto.

Los judíos iban tras su pista.

Y los judíos eran gentes que no se cansaban nunca, que terminaban siempre sus trabajos, que contaban el tiempo por siglos, si era necesario.

Gentes que no archivaban nunca un expediente sin terminar, como solía hacerlo la Policía.

Si él estaba en la lista de los hombres que buscaba David, o los compañeros de David, ya no podría considerarse seguro en ninguna parte.

¿O bastaría con ir un poco más lejos?

¿A Méjico otra vez?

Méjico era un país alegre, donde nadie parecía preocuparse de nadie.

O al Brasil.

El Brasil tenía extensiones inmensas donde un hombre podía perderse, donde podía borrar sus huellas por los siglos de los siglos.

Y también allí habría aventuras, hermosas mujeres...

—Eh, tú...

La voz de Judith le había sacado de su abstracción.

—¿Es que estabas soñando? Tenías los ojos medio en blanco. ¿De qué planeta vienes?

—¿Ha llegado sólo David?

—¿Por qué te importa eso? Hace unos momentos te aburría

soberanamente la conversación.

—Es que la misión de David es la más extraña que he oído nunca. ¿Viene solo?

—Creo que sí.

—¿Y no vas a hacer nada para verte con él?

—Mira, lo que hubo entre David y yo fue una cosa limpia y pura. Perdona, pero me molesta hablar de eso cuando estoy con otro hombre.

Brunder no se ofendió. ¿Para qué?

Lo único que le interesaba era saber si aquel recién venido le buscaba también a él.

—¿No vas a verle, a pesar de todo? —repitió.

—Si tuviese unos dólares para comprarme ropa nueva, lo intentaría. Conozco el hotel adonde ha ido a parar.

—¿Te bastan cien?

Brunder extendió el billete a través de la mesa. Judith salió inmediatamente de su sopor, y los vapores del alcohol se desvanecieron en un instante para ella. —Eres muy buen muchacho —dijo, por decir algo. —No soy ningún muchacho.

—Está bien; de lejos lo pareces. ¡Pero si David llegara a imaginar que para verle he aceptado dinero de otro hombre...!

—Eso suena a frase estúpida, digna de una novela del siglo pasado.

—¿Es que crees que en el siglo pasado la gente era más tonta que ahora? ¿Es que crees que no decía las verdades? Y tras estas palabras que yo acabo de pronunciar hay una terrible verdad.

—No te pongas pesada. Acepta los cien dólares y cállate.

—Eres una excelente persona, Bill.

Brunder hizo un imperceptible mohín con los labios al oírse llamar así. A pesar de haber transcurrido nueve años desde que adoptó aquel nombre que figuraba en su documentación falsificada. Le parecía un nombre estúpido, pero le había sido útil. Bill Larsen.

—¿Qué decías, Judith?

—Que eres una excelente persona, Bill.

—No lo soy. Es que me ha conmovido tu historia.

—¿Dónde puedo comprar ropa nueva esta misma noche?

Había un casi infantil brillo de ilusión en los ojos de la muchacha.

—¿Es que ya quieres ir a verle? ¿Tienes miedo de que se te escape?

—¡Oh, no! David estará aquí una semana por lo menos. Necesitará encontrar las primeras pistas de los hombres a quienes busca, y eso no se consigue en un solo día. —¿Por qué no me hablas de él?

—¿De David?

—Sí. Quiénes fueron sus padres, dónde nació él, dónde ha estudiado, qué aficiones tiene...

—¿Y por qué te importa eso, Bill?

En los ojos de Judith no había suspicacia, sino más bien una especie de candoroso asombro. Los mismos ojos, pensó Brunder maquinalmente, de las mujeres que él conducía a las cámaras de gas en Auschwitz, y que hasta el último minuto creían que eran conducidas a las duchas. ¿Pero cómo podía haber gente tan estúpida? ¿Es que no se daba cuenta Judith de que David y ella estaban condenados a muerte?

—Me importa —dijo con una suave sonrisa— porque sois la pareja más conmovedora con que me he encontrado jamás.

—Pues bien, te explicaré la historia de David. Comprendo que tengo al menos esa obligación después de recibir cien dólares. En cuanto a él, lo veré mañana, después de ir a la modista y al salón de belleza. Quisiera..., quisiera que David... ¡Oh, Dios, tú eso no puedes comprenderlo!

—Comprendo que le amas. No es difícil. Y debe resultar delicioso ser amado por una muñeca como tú. Pero hálame de David.

—¡Claro que sí, Bill!

Y Judith estuvo hablando de David más de una hora.

Cuando salieron del club nocturno, Brunder sabía de su enemigo todo lo que necesitaba saber. Y llegó a la conclusión de que David era un auténtico perro de presa, un hombre que no cesaría hasta clavarle los dientes, si es que él estaba en la lista de los que le habían ordenado buscar.

Acompañó a Judith hasta su casa —una deslucida pensión en el Bronx— y se despidió respetuosamente de ella.

Pero a la mañana siguiente, cuando Judith salió muy temprano a la calle, Brunder ya la estaba aguardando agazapado en el asiento

posterior de un taxi.

Brunder había seguido a muchas personas durante su vida, y sabía lo que hay que hacer para no perder una pista.

Siguió a Judith durante toda la mañana.

La vio entrar en un elegante almacén de ropas confeccionadas y salir al cabo de una hora. Luego tuvo que dejar transcurrir pacientemente las dos horas que ella estuvo en un salón de belleza. Por fin, transformada en una mujer más hermosa que nunca, más pura, más deseable, salió para dirigirse al hotel «Aston Villa». Seguro que era allí donde se alojaba David.

Pero Judith estaba en la calle cinco minutos después, y además sola.

¿Qué había ocurrido?

¿Es que se había evaporado aquel maldito David?

Los dientes de Brunder rechinaban cuando ordenó al taxista que la siguiera.

Judith se dirigió a Long Island. Alquiló un taxi, naturalmente, como lo había alquilado también para ir a la casa de modas y al salón de belleza. En el extremo más meridional de la isla, en un delicioso rincón pegado al mar, existía la pequeña «Orient Road», formada por pequeños «chalets» y casas marineras, construidas con madera y piedra. Allí detuvo Judith el taxi, descendiendo. Brunder se quedó en el principio de la calle.

Pagó el taxi y lo despidió.

Acababa de ver a Judith entrando en la última de las casas de la calle.

En el día brumoso y gris, no se veía a nadie por las cercanías de aquellas casas, construidas casi todas por personas amantes del deporte náutico.

De los cuatro puntos cardinales llegaba el rumor de las olas, que parecía llenarlo todo.

Brunder sonrió.

Siempre le había gustado el rumor de las olas.

Era como un canto poderoso que le tranquilizaba. Parecía recordarle que sólo los fuertes tienen derecho a seguir viviendo.

Los fuertes como él.

Brunder extrajo la pistola con silenciador acoplado que llevaba en el bolsillo derecho de la americana, y su sonrisa se hizo más

ancha.

No había usado aquella pistola desde que vivía en los Estados Unidos. La había comprado en Méjico, antes de pasar ilegalmente la frontera, pensando que podía serle de utilidad. Y no se equivocó. Ahora iba a servirle para eliminar a dos imbéciles que debieron morir en las cámaras de gas muchos años antes.

Brunder avanzó hacia la casa.

De pronto, cosa extraña en la calle espantosamente solitaria, vio aparecer un hombre en el recodo que daba al mar.

Era un tipo de unos treinta y dos años, más alto que él, fuerte como un gorila y dando al mismo tiempo la sensación de ser ágil como una gacela.

Iba bien vestido, pero hacía pensar en un paquete de músculos prestos a actuar, que avanzase por la calle.

Brunder no pudo evitar un estremecimiento.

Pero el individuo no le prestó la menor atención. Pasó junto a él sin mirarle siquiera. Por su aspecto bronceado, se trataba seguramente de un aficionado al mar que había venido a inspeccionar su casa con vistas a la próxima temporada.

¿Por qué pensar en él?

Brunder trató de olvidarlo, pero aun así no pudo evitar volver la cabeza cuando calculó que el otro habría llegado a la esquina.

En efecto, le vio doblar. El paquete de músculos no se giró. Desapareció de la vista de Brunder; seguramente ni siquiera se había fijado en él.

Brunder rodeó la casa.

Era una construcción pequeña, bastante rústica, pero en cambio tenía en la parte trasera un extenso jardín desde el que se divisaba una maravillosa perspectiva del estuario del Hudson.

Buscó una ventana o una puerta por la cual pudiese entrar sin ser visto. Eso no era difícil, porque la soledad le rodeaba.

La puerta que daba al jardín estaba ajustada tan sólo.

Brunder entró silenciosamente en la casa.

CAPÍTULO V

El paquete de músculos se detuvo al llegar a la esquina y encendió un cigarrillo con movimientos calmosos.

Hacía un viento bastante fresco en el día nuboso y gris, y los cabellos del hombre se arremolinaban un momento. Respiró con fruición el aroma del tabaco mezclado con el olor salobre de la brisa que venía del mar.

El paquete de músculos, quieto en la esquina, parecía la estatua de un coloso. Daba la sensación de que podría romper una puerta de un simple puñetazo o desnucar a un hombre con un solo movimiento de sus dedos.

Otro hombre salió del pequeño embarcadero que había al final de la calle.

Era un tipo de unos veinticinco años, con aspecto de boxeador, recia musculatura y facciones brutales. Una figura poderosa de atleta, si se le veía solo. Pero casi parecía insignificante al lado del coloso que le esperaba en la esquina, lanzando pensativamente bocanadas de humo y aspirando el viento fresco del estuario.

El cara-de-boxeador se acercó más.

—Hola, Clark —dijo.

—Hola, Harvey.

Clark Loman arrojó el cigarrillo a más de cinco yardas con sólo un suave movimiento de sus dedos.

—¿Has podido seguirle?

—Sí. Y tú me has seguido a mí, por lo que veo.

—Quería estar seguro de que no necesitabas ninguna clase de ayuda, Clark.

—¿He pedido alguna vez que me guardasen las espaldas para una misión de vigilancia? —No, pero...

Clark Loman se arrancó una brizna de tabaco que había quedado adherido a sus labios.

—No sé si será ése el tipo que te interesa, Harvey, pero ya lo tienes situado. Se llama o se hace llamar Bill Larsen, vive en un hotel de la calle Cuarenta y dos, no trabaja en ninguna parte, y obtiene sus ingresos de lugares que desconozco. Bonita perspectiva, ¿no? Creo que tienes buen material para empezar.

Harvey hizo un gesto casi suplicante.

—Clark...

—¿A qué viene esa cara?

—No sabes lo agradecido que te estoy. Yo no sirvo tanto como tú para estos trabajos. Me expulsaron de la Oficina de Inmigración por un par de errores importantes que cometí, pero sé que volverán a admitirme si descubro por mis propios medios a un inmigrante ilegal, a un tipo que haya entrado en el país sin permiso para ello. Y creo que ese Bill Larsen es uno de ellos, Clark. No me equivoqué al acudir a ti rogando que me ayudaras. Eres el mejor detective privado de Nueva York. No sé cómo pagártelo.

—Un detective privado es bien poca cosa, Harvey.

—Añoras tus tiempos del

C. I. A.,

¿no?

—Puede.

—Y aquellos últimos meses en París... ¿No has vuelto allí?

—Bah.

—París no es para desdeñarlo, amigo, ni para hacer muecas.

—Me hago muecas a mí mismo porque en nueve años no he podido volver allí. Pero no he terminado aún de hablarte de ese fulano. Sé algo más. ¿Un cigarrillo?

—No, gracias. He fumado durante horas y horas, mientras te seguía.

—Ese individuo, Bill Larsen o como se llame, no paga impuestos, no figura en el censo ni tiene permiso de conducir. Es decir, ha hecho todo lo necesario para no someterse a ninguna vigilancia oficial desde 1950. Creo que estabas en lo cierto y que ha entrado en el país ilegalmente. Es tuyo.

—Clark, repito que no sé cómo agradecer...

—No tienes que agradecerme nada. Otra cosa. Ese tipo me

recuerda a alguien, no sé a quién. Seguramente a algún fulano con el que tuve relación cuando estaba en Europa. Te agradeceré que me des todos los datos posibles sobre él cuando los agentes de Inmigración le hayan echado el guante.

—Lo haré, Clark. ¡Claro que lo haré!

—Una simple curiosidad.

—Tendrás todos los datos que necesites, incluso los secretos si los hay. ¿En qué casa se ha metido ese individuo?

—En la última.

—¿Cómo lo sabes? No has vuelto la cabeza.

—Pero he contado sus pasos uno a uno. Hacía ruido al andar, demasiado ruido. Y ha tenido que quedarse en la última casa forzosamente. Además, no ha llegado a la puerta.

—¿Tienes la sensación de que, a su vez, seguía a alguien?

—Sí. A la chica. Debes haberte dado cuenta.

—Puede que sea un asunto peligroso o puede que se trate de una simple cuestión de faldas para ese individuo. Tú tienes que averiguarlo, Harvey. Entra en esa casa, o vigílala, y cuando el tipo ese salga lo desnucas antes de llegar a la esquina. Nadie se dará cuenta en un sitio tan tranquilo. Lo registras, y si encuentras algo sospechoso, además de lo que ya sabemos, te lo llevas a la Oficina de Inmigración y dices que te ha acompañado voluntariamente. Al menos es eso lo que yo haría.

—Seguiré tus consejos, Clark.

—Suerte, muchacho.

—Gracias, Clark.

El paquete de músculos se alejó. Harvey se lo quedó mirando con los ojos entornados, pensando lo que otro cualquiera pensaría: que era capaz de destrozar las vértebras de un hombre con sólo un movimiento de su mano.

Clark, entretanto, se perdía de vista.

Estaba algo nervioso, algo intranquilo, porque aquel hombre a quien había estado siguiendo por favorecer a un amigo le recordaba a alguien, y no sabía exactamente a quién.

Hizo un gesto de impotencia y abrió malhumoradamente la portezuela izquierda de su «Corvair», que había dejado estacionado cerca de la calle, cuando adelantó a Brunder al comprender que el taxi había de llevarlo forzosamente hasta allí.

Puso el automóvil en marcha y se adentró entre el maremágnum de coches que, más al norte, buscaban la salida de Long Island.

Llevaba recorridas unas seis millas, y estaba rodeado por otros vehículos, cuando frenó bruscamente y estuvo a punto de provocar un espectacular choque de cuatro o cinco automóviles a la vez.

Acababa de recordar quién era el hombre al cual había estado siguiendo por encargo de Harvey.

¿Cómo no lo había recordado antes?

Nueve años...

Una tarde luminosa en la rué Rívoli de París, una mujer degollada, una botella de *whisky* de la mejor calidad, una fotografía.

Brunder, alias Paul. Uno de los criminales más buscados del mundo. Un tipo a quien esperaba el verdugo en cuatro países a la vez.

¡Y él había pasado junto al asesino de Monique sin recordarlo!

Pensó que la hermosa muchacha a la que había visto entrar en la última casa de la calle podía correr la misma suerte que la francesita de la rué Rívoli. Pensó en Harvey, que era un hombre valeroso, pero demasiado confiado y demasiado incauto. Pensó en los millones de mujeres y niños que aquel monstruo había ayudado a exterminar en las cámaras de gas.

Los puños de Clark se cerraron sobre el volante, mientras se despegaba de la columna en que estaba su coche y daba temerariamente la vuelta.

¿Desnucar a un hombre con sólo un movimiento de la mano?

¿Destrozarle las vértebras?

¡Claro que sí!

Clark se preguntó cuántos minutos podría durarle un tipo como Brunder, en cuanto cayera en sus manos.

¿Un minuto? ¿Dos tal vez?

Cuatro años antes, en una lucha sostenida contra dos miembros del «Sindicato del Crimen»^[2], Clark había matado a los dos hombres, rompiéndoles el cuello en menos de treinta segundos.

Pero Brunder sería una excepción. No lo entregaría vivo a la Policía, sino que regalaría su cadáver. Podía hacer durar su muerte cinco minutos, tal vez más. Podía hacer que aquel tipo recordase todo lo que había sido su vida antes de reventar.

La circulación era cada vez más intensa, al avanzar la mañana, y

tardó veinte minutos en llegar al punto de partida.

De su funda axilar colgaba una pesada pistola «Special Police», pero no pensaba usarla. Sus manos y sus dedos, que eran como garfios, servirían para aquel trabajo.

La calle seguía en calma, una calma incluso un poco extraña, como si por allí no hubiese pasado nadie en toda la mañana.

Clark detuvo su «Corvair» una esquina antes de llegar a la última casa y descendió sin precauciones.

Siguiendo el salvaje impulso de su sangre de luchador cargó contra la primera ventana, la hizo astillas y entró como un bólido en la casa.

CAPÍTULO VI

Brunder había logrado entrar sin hacer ruido, hallándose en una habitación casi vacía, con señales de no haber sido habitada en mucho tiempo.

Toda la casa olía a humedad y a abandono, como si nadie hubiera vivido allí en los últimos dos años.

De una de las habitaciones cercanas llegaban un suave rumor de voces, como si dos personas hablaran tenuemente.

Brunder se movió, salió de la pieza en que se encontraba, atravesó un corto pasillo y se encontró con una puerta entornada tras la cual sonaban aquellas voces.

Un hombre y una mujer.

Casi contuvo una carcajada.

David y Judith. David, el que había venido a cazarle, estaba allí, a dos pasos de él, metido en una ratonera y sin saber que iba a dejarse la piel en aquella zona de Long Island.

Brunder prestó oído atento a la conversación. Aunque no podía ver a la pareja, imaginaba la situación por las preguntas violentas, los reproches y las frases apasionadas que salían de sus labios hablando unas veces el hombre y otras la mujer.

Ahora sólo hablaban de sí mismo, pero Brunder sabía que pronto hablarían del trabajo que había traído allí a David.

Y si pronunciaban su nombre una sola vez, aquello significaría para ambos la sentencia de muerte.

Lo pronunciaron.

No habían transcurrido diez minutos cuando David lo mencionó. Se oyó con perfecta claridad. Dijo que estaba allí para cazar en secreto a unos cuantos criminales, fugitivos del desastre nazi, y entre ellos Emil Brunder, oyó pronunciar con claridad su propio

nombre.

Extrajo la pistola con silenciador acoplado y se dispuso a empujar la puerta.

En ese momento una voz a su espalda susurró:

—No tan aprisa, amigo.

Brunder sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca.

¿La Policía? ¿O tal vez un agente judío que estaba ya en la casa para proteger a David?

Se volvió poco a poco, con el sabor de la muerte clavado en su propia garganta.

El tipo que estaba tras él tenía cara de boxeador. Vestía bien y llevaba la mano derecha apoyada en la funda axilar, como si fuese a sacar la pistola.

Pero no la había sacado aún.

Seguramente no había visto que Brunder empuñaba ya un arma, pero aun así su confianza había sido excesiva. Esa confianza le perdió.

Brunder se movió con la rapidez de una fiera acorralada. Se apoyó en la pared y apretó dos veces el gatillo, en menos de dos segundos, apuntando directamente a la cabeza de Harvey.

Porque Harvey era el hombre que había entrado tras él en la casa. Harvey, que ya no volvería a ingresar en la Oficina de Inmigración.

Las dos balas, disparadas con una mortífera precisión, le volaron el cráneo. Harvey murió sin darse cuenta de que moría. En la quietud de la casa, las dos detonaciones, ahogadas por el silenciador, sonaron como dos taponazos.

Sin detenerse a ver caer a su enemigo muerto, Brunder empujó la puerta y entró pistola en mano en la habitación donde se encontraban David y Judith.

David ya se había puesto en movimiento, extrayendo con un gesto seco un revólver que llevaba metido entre la camisa y el pantalón. Lo estaba alzando cuando entró Brunder.

Pero David se preocupó más de Judith que de sí mismo. Creyó que aquel individuo, al que no reconoció en el primer instante, venía por ella. Intentó protegerla con su cuerpo. —¡Cuidado, Judith!— gritó.

El primer balazo de Brunder le alcanzó en una cadera. Acto

seguido, el alemán, con una astucia diabólica, disparó sobre Judith.

Sabía por experiencia que los judíos se derrumban en cuanto ven muertos a los seres queridos. Sabía que no tienen la suficiente velocidad para reaccionar a tiempo.

Judith cayó, alcanzada en el corazón.

—¡David...! —sollozó.

David quedó mudo, como atontado en el primer instante. Parecía no comprender que aquella joven que estaba muriendo a sus pies era Judith, y que aquella última y vidriosa mirada era la suya, la de la única mujer que de verdad le amó en la vida.

Toda su defensa, toda su capacidad para actuar y pensar fue aniquilada.

Sólo vio aquella mujer que moría, aquella mujer que se estaba desangrando dirigiéndole su última mirada.

Brunder sonrió.

De un salto llegó junto a David y por dos veces le aplastó la culata sobre el cráneo.

David ni siquiera se movió.

Sólo cayó a tierra pesadamente, como un fardo.

Una mirada circular bastó a Brunder para darse cuenta de que estaba en una habitación enorme, con dos ventanas que daban a la fachada de la casa, y en la cual no había más que unos pocos muebles. En una chimenea situada en la pared izquierda, ardía alegremente un buen fuego.

Una sonrisa diabólica distendió los labios de Brunder.

Sujetando a David por debajo de las axilas, lo arrastró hasta la chimenea. Una vez allí, le dio un empujón y lo arrojó de cara sobre las llamas.

Los músculos de David sufrieron una horrible contracción de la cual él no se dio cuenta. Todo su cuerpo se contorsionó instintivamente al contacto con las llamas.

Brunder rió, y su brutal carcajada despertó extraños ecos en la habitación vacía.

Fue en ese momento cuando un terremoto pareció sacudir la casa.

Una de las ventanas se vino abajo, como si por ella acabase de entrar un bólide. Brunder lanzó un chillido casi femenino, dominado por el terror. Sus ojos se desorbitaron al ver que lo que

acababa de entrar en la habitación no era un bólido, sino un hombre.

El paquete de músculos. El gorila humano que poco antes viera en la calle.

Brunder gritó otra vez, mientras alzaba el cañón de su pistola. Pero de repente una catapulta pareció dispararse contra él, y todos los huesos de su mandíbula se convirtieron en pulpa.

Cayó hacia atrás, soltando la pistola, mientras un calambre de dolor recorría todo su cuerpo.

Clark saltó sobre él con los dedos crispados como garfios, y le sujetó la cabeza y el cuello, iniciando un movimiento de torsión que tenía por objeto romperle las vértebras cervicales en varios pedazos.

Lo inició suavemente para que Brunder no se le «acabara» demasiado pronto.

Pero en ese instante, cuando ya tenía al enemigo completamente a su merced, un intenso olor a carne quemada hirió el olfato de Clark, haciéndole enderezar la cabeza.

Vio el cuerpo de David, cuya cabeza y manos estaban entre las llamas. El dolor le había hecho recuperar el conocimiento, y se estaba contorsionando mientras lanzaba roncós estertores.

Clark lo olvidó todo para intentar salvarle la vida. Soltó a Brunder, y de un fantástico salto llegó hasta la chimenea donde estaba David. De un tirón lo arrancó de allí, y acto seguido se arrojó sobre él para tapar con su cuerpo, apagándolas así, las llamas que ya habían empezado a prender en sus ropas.

David volvió a perder el sentido.

Pero en ese momento, Brunder ya se había puesto en movimiento, gateando hacia la pistola que acababa de soltar.

Clark se arrojó sobre él.

La bala rozó su cabeza, pero no le produjo ni un leve desvanecimiento. Cayó sobre Brunder como una auténtica ñera. Sus zarpas lo sujetaron, lo levantaron como un muñeco y lo arrojaron contra la otra ventana de la habitación, que se hizo astillas.

Brunder cayó a la calle, con las facciones cubiertas de sangre y con la sensación de que el mundo entero se había desplomado sobre él.

Clark comprendió que lo tendría al menos un par de minutos sin sentido. Los suficientes para ver si la mujer estaba muerta y para

llamar una ambulancia a fin de que atendieran a David.

Una sola ojeada le bastó para comprobar que Judith, efectivamente, había dejado de existir. El hueco de la bala, en el lugar exacto del corazón, era bastante prueba. Pero aun así le tomó el pulso.

Buscó entonces con los ojos un teléfono.

Pudo verlo al fondo de la habitación. Y ya corría hacia él cuando una voz le ordenó desde la ventana:

—¡Quieto...!

Los ojos de Clark giraron un poco, con un brillo de fiebre. Vio un uniforme azul en el marco de la ventana destrozada. Vio también una «Special Police» que le apuntaba directamente a la cabeza.

—¡Quieto! —rugió el agente por segunda vez.

Clark musitó:

—Soy Clark Loman, detective privado, y he llegado a tiempo de impedir un crimen. Le pido que me ayude a detener al tipo que está junto a la ventana. Ha entrado ilegalmente en el país, y además la Interpol lo busca en toda Europa.

—Claro... —dijo.

De pronto, su rostro se transformó.

—¡Eh! —gritó—. ¡Deténgase o...!

—¡Tire! —rugió Clark—. ¡No pierda tiempo con él! ¡Tire!

Pero el agente no se atrevía. Perdió unos segundos preciosos con su indecisión. Clark desenfundó su pistola y corrió hacia la ventana, saltando por ella.

Brunder huía en dirección al mar. En este momento estaba doblando el recodo de un embarcadero.

Clark tiró a matar.

La bala arrancó astillas a la madera del embarcadero, junto a la cabeza de Brunder, pero no le alcanzó. Un segundo después el fugitivo se perdía de vista. Clark lanzó una maldición.

—Llame a una ambulancia —gritó el agente—. Haga que se lleven enseguida a ese hombre herido.

—Pero oiga... ¿cómo sé yo?

Clark sacó su licencia y la arrojó a los pies del agente mientras corría como un gamo en dirección al embarcadero.

Había estado perdiendo un tiempo precioso. Brunder era un

especialista en evasiones y además un hombre desesperado. Si se perdía entre el laberinto de embarcaderos e instalaciones deportivas de aquella zona, nunca lograría atraparlo.

Lo vio saltando desde una plataforma y disparó otra vez. Tuvo la sensación de que le había herido, pero la distancia era demasiado grande para poder precisarlo.

Corrió con toda su velocidad hacia la plataforma, que sabía daba al agua y a unas cuantas canoas amarradas allí.

Oyó gritos y el trepidar de un motor. Lanzó otra maldición al llegar a la plataforma y ver una canoa que se alejaba velozmente, remontando el estuario del Hudson. Un guardián del embarcadero yacía sin sentido.

—¡Necesito otra canoa! —rugió Clark—. ¡Ayúdeme, pronto! El guardián se medio incorporó, aturdido aún.

—Ésa es la única que estaba disponible. Las otras se encuentran en reparación. Las traen aquí para eso...

Clark apretó con fuerza la culata de la pistola, que ahora de nada le servía.

—También pudo haberse equivocado... —Gruñó—. También pudo haberse metido en una canoa que no funcionase.

—No era difícil acertar, señor. Yo me disponía a probar el motor en ese instante, cuando él llegó.

Los ojos del detective se entrecerraron mientras despedían un brillo cruel.

—Está bien —musitó—, que huya. Al fin y al cabo no puede ir más que a Manhattan. Y dentro de un par de horas todo Nueva York será para él como una ratonera...

CAPÍTULO VII

Clark dejó sobre la mesa los dos periódicos que aún olían a tinta fresca y a papel recién doblado. Los titulares destacaban, poderosos, con letras a cinco columnas: «Los federales tienen orden de cazar a un asesino nazi».

Los ojos de Clark se detuvieron unos segundos en esos titulares.

«Orden de cazar a un asesino nazi». Pero eso significaba que no lo habían cazado aún.

Todas las policías del mundo obran según un método, según un plano. Y el que se había trazado la F. B. I, de Nueva York para cazar a Brunder aún no estaba dando los resultados apetecidos.

Claro que los federales no pararían hasta dar con él. Les había correspondido el asunto pocas horas antes y ya estaban batiendo la ciudad entera. Como perros de presa que abren sus fauces, estaban dispuestos a dar caza al fugitivo. ¿Cuándo lo lograrían? Ésta era la única cuestión.

—Sin dinero, sin amigos y sin armas, Brunder no podrá ir demasiado lejos —musitó una voz—. Y los federales darán con él en cuanto aprieten un poco más el cerco.

Clark alzó la mirada.

La que le hablaba era una mujer.

Con su sola presencia iluminaba el despacho, y el hombre que se sentaba junto a ella, al otro lado de la mesa, parecía insignificante.

Clark la miró bien.

Una artista de *vaudeville* metida a la fuerza en un uniforme de colegiala, eso era. O quizá una colegiala con cuerpo de artista de *vaudeville*. El caso es que ningún hombre, ni aun los que necesitaban gafas de diez dioptrías, la hubiera dejado pasar por un lado sin volverse a mirarla.

El vestido le venía ceñido por cuatro o cinco sitios, y eso parecía molestar a la chica, que se estaba dando cuenta de la mirada insistente de Clark. Los zapatos que usaba eran de tacón muy alto, y debían realzar espléndidamente su figura en cuanto se pudiese en pie. Sus medias, por lo que se podía apreciar, eran de la calidad más exquisita que recordaba haber visto el hombre.

—No tendrá salida —añadió ella, descruzando las piernas y bajándose la falda un poco más—. Los federales darán con él tarde o temprano, pero seguramente dentro de esta misma semana.

El hombre que estaba junto a ella, y que parecía insignificante, carraspeó por primera vez.

—Y sin embargo nosotros hemos venido aquí, a su despacho, para otra cosa, señor Loman.

—¿Para qué?

—Para que impida que los federales capturen a ese hombre.

Clark echó la cabeza hacia atrás, mientras entrecerraba los ojos, y otra vez en ellos apareció el brillo de una lucecita cruel.

—¿Quieren salvarle? —musitó—. ¿No han leído los periódicos de esta misma noche?

—Sí —murmuró ella—. Dicen que usted le arrojó por la ventana con ánimo de matarle, y dicen también que el agente que le hizo perder unos minutos vio también que Brunder llevaba en el cuello unas horribles manchas, causadas por unos dedos humanos al intentar desnucarle.

Sus ojos, mientras hablaba, fueron instintivamente hacia los dedos de Clark, parecidos a garfios.

—Y si saben eso, ¿por qué acuden a mí para que le salve? —preguntó burlonamente él—. ¿No se dan cuenta de que quiero matarle, con licencia o sin ella?

—Señor Loman —dijo ella en un susurro—, yo me llamo Esther Lawson. Soy la hermana de David.

—Y yo represento importantes comunidades del pueblo judío —declaró el hombre que estaba a su lado—. Importantes comunidades que tienen el máxima interés en restablecer el equilibrio de la Historia. ¿No me comprende usted, señor Loman? La Historia de la Humanidad marcha con arreglo a una vieja ley, según la cual el que a hierro mata a hierro muere. Brunder es uno de los que se han librado hasta ahora de morir. Y nosotros tenemos interés en que la

ley se cumpla.

—Creo que entiendo con perfecta claridad.

—Si los federales dan caza a Brunder —intervino ahora la mujer— lo acusarán en primer lugar del delito de entrada ilegal en el país, y en segundo lugar de la muerte de Harvey y Judith y de las gravísimas lesiones causadas a David, que es en realidad un muerto en vida. Pero puede que ninguno de esos delitos baste para llevarlo a la silla eléctrica. Yo soy abogado en Israel, mi país, y conozco también con bastante perfección las leyes norteamericanas. Precisamente estoy ahora ampliando estudios en los Estados Unidos. Y sé que si Harvey hubiera estado actuando en misión oficial nada salvaría a Brunder de la silla. Pero Harvey no actuaba en misión oficial, era un hombre que ansiaba recuperar su antiguo puesto, obteniendo un éxito que le abriera de nuevo todas las puertas. Había cometido un allanamiento de morada, igual que Brunder. Parece que le apuntó primero, y Brunder podría hacer creer a un jurado que actuó en defensa propia, cosa, además, perfectamente normal, dadas las circunstancias. Y no sería condenado a muerte, señor Loman, como tampoco lo sería por lo que hizo con David. Al cabo de muy pocos años lo veríamos en libertad bajo palabra, paseándose por las calles de Nueva York o de otra ciudad cualquiera, pues estoy segura de que en ese tiempo hasta habría podido legalizar su permiso de residencia. Y nosotros no queremos eso, señor Loman. Como ha dicho Natham, el equilibrio de la Historia tiene que ser restablecido.

—Pero Brunder —objetó Clark— también está reclamado por un tribunal especial norteamericano a causa de los crímenes cometidos durante la guerra por las fuerzas a las que él perteneció.

Esther denegó, apesadumbrada, con la cabeza.

—Brunder y los suyos no enviaron yanquis a las cámaras de gas, sino judíos. La situación no es la misma, señor Loman. Han pasado bastantes años desde aquello, y los norteamericanos lo han olvidado todo. No así nosotros, que fuimos las víctimas. Estoy segura de que Brunder sería absuelto o condenado a muy pocos años de cárcel.

—¿Y ustedes qué pretenden? ¿Que muera?

—Usted también quiso matarlo, señor Loman, porque a usted también le da asco. Pero yo, además, soy la hermana de David. Tengo algo personal contra él. Tan personal, que todo lo demás que

ha ocurrido antes casi no me importa. Quiero ver su cadáver, señor Loman, y por eso estamos aquí.

—Yo —dijo Clark en voz baja— no soy un asesino.

—No tiene que serlo. Lo único que ha de hacer es entregárnoslo a nosotros antes de que lo capturen los federales. Nosotros nos encargaremos de llevarlo a Israel por el procedimiento que sea.

—¿De modo que quieren que busque a Brunder? ¿Desean encargarme ese trabajo?

—Así es.

—¿Por qué no acuden a sus agentes consulares?

—Nosotros no tenemos existencia oficial —dijo Natham—. Represento a importantes sociedades judías repartidas por el mundo, muchas de las cuales están formadas por supervivientes de los *ghettos* y de los campos de concentración. Pero somos desconocidos por las autoridades. Lo que haga tendrá que ser de forma exclusivamente privada, señor Loman... y por su cuenta y riesgo.

Clark miró a Esther, que había vuelto a cruzar las piernas.

—¿Olvidan que Brunder también mató a Judith? —susurró—. ¿Olvidan que Francia tiene un tratado de extradición con los Estados Unidos, y que allí Brunder está reclamado por asesinato? ¿Green que tiene alguna posibilidad de salvarse, en cuanto le echen el guante?

—Brunder debe ser juzgado por nuestro pueblo —dijo sombríamente Natham—. Todo lo demás son meras posibilidades. Puede ser condenado en Francia o puede ser condenado en Rusia, pero es a Israel a quien corresponde juzgarlo.

Clark volvió a mirar a la muchacha.

Sus ojos dulces, la expresión decidida de sus labios.

Sus piernas, maravillosamente torneadas.

Su pelo.

La hermana de David, un monstruo sin cara.

—Acepto —dijo.

Ella se inclinó un poco hacia adelante, entreabriendo los labios.

—No sabe cómo se lo agradezco —musitó—. Sabemos que usted es el único hombre en los Estados Unidos que podrá conseguir algo, a pesar del poco tiempo de que dispone.

—Lo conseguiré.

—No es necesario que le enumere las dificultades de su misión. Tiene que ganar la carrera a los federales, a pesar de que éstos cuentan con medios infinitamente superiores, y además es absolutamente necesario que no llame la atención. Eso significa que a veces no podrá disponer ni de su propia pistola, Clark.

A él le gustó oírse llamar sencillamente «Clark», pero no lo dijo.

—Lo sé —gruñó sencillamente.

—Respecto a sus honorarios... —aventuró Natham—. Es de suponer que querrá algún anticipo...

—No.

—¿No? ¿Por qué?

—Voy a trabajar gratis.

Sus dos visitantes se miraron asombrados.

—¿Gratis? —susurró Esther—. No podemos consentir... ¿Pero a qué es debido?

—¡Bah, por nada! —musitó él, encogiéndose de hombros—. Creo recordar que se lo prometí a una chica a la que conocí en París, cuando ella estaba tendida en el suelo.

CAPÍTULO VIII

El médico fue retirando las vendas una a una, con un cuidado exquisito, como si estuviera realizando un trabajo de joyería.

Clark tenía los ojos fijos en las manos del médico y en el rostro del hombre que iba apareciendo bajo aquellas vendas.

Bueno, no era un espectáculo agradable.

Uno se preguntaba por qué demonio el mundo tiene que ser así, y por qué la misma materia de que estaban hechas las piernas de Esther tenía que ser la materia que constituía aquel horrible rostro.

El médico terminó de retirar todos los vendajes.

El rostro de David no era más que una masa irreconocible en la que brillaban los ojos.

Unos ojos a los que el dolor parecía dar el brillo de una fiebre diabólica.

Sin embargo podía hablar.

Su voz fue extrañamente serena cuando preguntó:

—¿Viviré?

—¿Por qué habla? —preguntó el médico, esquivando la respuesta.

—¿Y por qué no?

—No se da cuenta ahora porque le he insensibilizado el paladar y la garganta —dijo el médico con calma—, pero tiene también tremendas quemaduras en el interior de la boca. Cualquier palabra o cualquier gemido puede producir una hemorragia mortal. Usted verá lo que hace.

—Gracias por usar tanta franqueza. Y éstas serán las últimas palabras que pronuncie.

—Ahora debe estar al menos quince días sin hablar —musitó el médico, mientras con movimientos suaves aplicaba una pomada a

las heridas—. Todo cuanto necesite pídale por escrito, ya que puede manejar perfectamente un lápiz con la mano derecha. Así evitará una muerte por hemorragia, que en este caso sería una muerte estúpida.

David asintió con un movimiento de cabeza.

No gemía, a pesar de lo dolorosa que debía ser la cura. No hacía un solo movimiento. Sólo sus ojos seguían brillando con aquella especie de fiebre diabólica.

—Los vendajes que ahora le ponga no podrán ser retirados en quince días —explicó el médico, con voz que intentaba ser alegre—. Tenemos que esperar la reacción del organismo. No se toque las vendas en ningún caso, aunque sienta horribles dolores. Cuando crea que no puede soportar más, pida morfina a su hermana o a la enfermera que le cuida.

David asintió pesadamente, con otro movimiento de cabeza.

Luego miró a Clark.

Clark estaba frente a él, quieto, encendiendo un cigarrillo. La llamita del fósforo parecía haberse inmovilizado en el aire.

Clark entendió lo que quería decir el mensaje de los ojos de David. Aquel mensaje consistía en la palabra más elemental que puede dictar el odio a un ser humano:

—¡Mátalo!

Los vendajes volvieron a cubrir el rostro de David. La imagen monstruosa desapareció. Fue como el fin de una pesadilla.

Pero la figura de David seguía siendo fantasmal con aquellos vendajes blancos, que dejaban sólo un pequeño orificio para la boca y otros dos, más pequeños aún, para los ojos.

Clark tragó lentamente el humo, dio media vuelta y se dispuso a salir de la habitación.

Ella estaba reclinada en una de las jambas de la puerta, quieta, mirándole con sus enigmáticos ojos rasgados, aquellos ojos que parecían conocer los más viejos secretos del mundo.

Clark se detuvo, sintiendo el contraste como un choque en pleno rostro, como una cosa física.

Atrás quedaba la muerte, y frente a él estaba la vida. La vida era Esther, era su pelo que incitaba a la salvaje caricia, eran sus caderas redondas que parecían contener el secreto de la maternidad, eran sus piernas largas y torneadas que le daban movimientos de diosa.

Esther no dejó de mirarle hasta que él estuvo a su altura.

Luego desvió los ojos, salió también y cerró la puerta, aislando así a David del resto del mundo.

—No ha debido insistir en verlo —dijo en voz baja.

—¿Por qué no?

—Ahora usted tendrá más deseos de matar a Brunder. Aún deseará más desnucarlo con esas gigantescas manos. ¿Le han dicho que tiene manos de asesino, Clark?

—No hace falta. Lo sé.

—Compadezco a Brunder si llega a caer en ellas. Y usted tiene ansias de sentir cómo sus huesos crujen entre sus dedos. Ése es también el mensaje que he sabido leer en los ojos de mi hermano: «¡Mátale!». Pero usted no puede matar a Brunder, Clark. No puede hacerlo porque el encargo que le hemos hecho, y que usted ha aceptado, es el de entregarlo vivo.

—¿No me dijo antes que quería ver su cadáver?

—Sí, pero una vez haya sido juzgado por procedimientos legales, y ejecutado de una forma legal también.

—Tonterías. Si lo juzgan en Israel, ¿qué van a hacer con Brunder? En Israel no tienen pena de muerte. Tendrán que meterlo en una cárcel y dejarlo pudrirse allí, lo cual no es, ni mucho menos, lo que usted y sus compatriotas desean.

—Para casos como el de Brunder se votará la pena de muerte, estoy segura. Pero si no se hiciese así, yo me resignaría, como todos mis compatriotas. De un modo u otro, usted no puede matarlo. Brunder nos pertenece. Tiene que cazarlo vivo.

Clark arrojó el cigarrillo al suelo, con un gesto violento. Sus nudillos produjeron un crujido, como si se despezaran.

—Está bien —prometió—, lo meteré en una jaula en cuanto de con él. ¿Y a usted?

¿Puedo matarla?

—¿Qué dice?

—Junto a mí corre peligro —musitó Clark—. Creo que nunca he visto una mujer tan bonita, tan perfecta ni tan valiente. Sé que con un beso podría destruirla. Guárdese de mí.

Hizo un gesto brusco, mostrando los dientes en una extraña sonrisa. Luego suspiró:

—Por eso no me gusta tratar con mujeres bonitas.

El médico abrió en ese momento la puerta, antes de que Esther, que tenía la boca entreabierta, pudiera decir algo.

—Ahora está calmado porque le he puesto una inyección de morfina —dijo el médico—, pero luego empezará a sentir dolores. Necesitará una persona que esté siempre cerca de él.

—Yo me ocuparé de eso —ofreció Esther.

—No podrá hacerlo sola. Le aconsejo que contrate los servicios de una enfermera y se vayan turnando las dos.

—Está bien; lo haré así.

—¿Quiere trasladarlo a algún sitio?

—Podríamos llevarlo a la casa donde ocurrió todo. La teníamos alquilada por seis meses.

—Me parece buena idea. Allí su hermano dispondrá de más independencia. Esta clase de heridos no soportan una habitación cerrada. Andar y moverse calma sus dolores a veces. ¿Tienen algún pequeño jardín?

—Sí.

—Entonces lléveselo esta misma noche. Si quiere le facilitaré una ambulancia.

—Gracias. ¿Cuándo pasará usted a verlo?

—Si no hay novedad dentro de cinco días, porque necesito esperar la reacción.

Esther apretó los labios, dominando su dolor. Tenía la certidumbre de que David iba a morir, pero no lo dijo. Sólo Clark, que precisamente la estaba contemplando como a una mujer bonita, supo leer aquella muda tragedia en sus ojos.

—Buenas noches —dijo Esther al fin.

La voz salió como un silbido por entre sus dientes apretados. Luego dio media vuelta y marchó de allí, deteniéndose en la puerta exterior de la clínica.

—Voy a ocuparme de lo de la ambulancia —dijo el médico—. ¿Se queda usted aquí?

—Sí, hasta que lo saquen.

David salió poco después. Iba dormido, bajo los efectos de la morfina, en una camilla. La ambulancia aguardaba ya ante la puerta. Y por la ventana de la sala vio Clark que se llevaban al herido, junto con Esther.

Luego salió él. Tenía que ponerse a trabajar.

Pero su trabajo llegó antes de lo que esperaba. *Llegó* a él en forma de voz a sus espaldas, apenas hubo traspuesto el jardín de la clínica.

—Sigue andando. No hagas un solo movimiento sospechoso o te abraso aquí mismo.

Clark sintió que una cosa dura —sin duda el cañón de un revólver— se apretaba contra sus costillas.

Siguió andando.

CAPÍTULO IX

El tipo que le estaba encañonando debía ser más bajo que él, a juzgar por la distancia a que oía su voz y la altura a que quedaba el cañón de su revólver.

La clínica tenía un pequeño jardín, cuya puerta daba a una ancha avenida. El desconocido había saltado sobre Clark justamente en la puerta. La avenida estaba oscura y solitaria a aquella hora. Algún coche pasaba de vez en cuando, pero a mucha velocidad. Era imposible que nadie se fijase en aquellos dos hombres que caminaban juntos, al parecer normalmente.

Clark vio un «Chevrolet» azul estacionado a poca distancia de allí. Había alguien al volante.

No necesitó hacer un gran esfuerzo para adivinar que ese coche era su lugar de destino. El que estaba a su espalda, ordenó:

—Quieto un momento.

Estaba en un buen lugar para cachearlo. Su mano, una mano más bien menuda y nerviosa, brotó de las sombras y se dirigió hacia el pecho de Clark, hacia la funda axilar.

Clark calculó la distancia que le separaba del «Chevrolet»: unas treinta yardas.

Distancia suficiente para que no alcanzasen al primer disparo a un hombre ágil como él, si el que estaba en el coche no era un tirador de primera.

La mano del que estaba a su espalda ya iba a sujetar la culata de su «Special Police».

Y de repente, Clark pasó a la acción. Fue como un terremoto que lo arrasa todo. La fantástica velocidad de sus movimientos casi no hubiera podido ser seguida por un ojo humano. Para el hombre que estaba tras él fue como si de repente el mundo entero empezase a

dar vueltas alrededor suyo. O como si un camión de diez toneladas es precipitase rugiendo sobre su cabeza.

Clark dio una rapidísima media vuelta, golpeando con el antebrazo la mano armada de su enemigo. Este pudo disparar, pero una décima de segundo demasiado tarde, como ocurre siempre que esa presa se aplica bien. La bala fue a morir inútilmente en el asfalto, a un par de yardas de allí, y el estampido pareció un trueno en la silenciosa avenida.

Alguien, en el «Chevrolet», se puso en movimiento. La portezuela del lado del conductor se abrió.

Clark, sin perder un segundo, asestó un mazazo en la muñeca derecha de su enemigo. Éste, con un grito de dolor, abrió la mano y su revólver cayó a tierra.

Instantáneamente, Clark le aplicó un puñetazo al plexo solar, un rodillazo al vientre y luego, sin dar tiempo a su enemigo para respirar siquiera, le propinó con terrible fuerza, usando el canto de la mano extendida, un golpe bajo el tabique nasal. Su enemigo cayó igual que un muñeco, sin lanzar un gemido. Por su forma de quedar sobre el asfalto, como un trapo arrugado, Clark comprendió instantáneamente que estaba muerto.

No le sorprendió, puesto que el golpe que le había aplicado era mortal. La víctima, a consecuencia del terrible impacto, solía sufrir fractura de la base del cráneo.

Sin embargo, no tenía tiempo para asegurarse ni para entonar cantos funerarios en honor del muerto.

El otro tipo, el del «Chevrolet», se disponía a disparar, protegido tras la carrocería del coche.

Y no llevaba una pistola, sino una metralleta. Clark vio el largo tubo asomando por detrás de las luces piloto y se lanzó a tierra en fantástico salto, dando dos vueltas sobre sí mismo.

La primera ráfaga pasó sobre él, perdiéndose inútilmente en el aire. La segunda fue más certera, pero para entonces Clark ya corría hacia el automóvil.

Las balas mordieron el terreno a sus pies, un poco adelantadas. La posición que ocupaba su enemigo, detrás del automóvil, era mala para el tiro, si no se ponía al descubierto.

Clark saltó de costado, parapetándose a su vez detrás del «Chevrolet», y su enemigo, para cazarlo, salió del parapeto,

confiando en la superior potencia de tiro de su arma.

Clark apretó una sola vez el gatillo de su «Special Police», y la bala penetró bajo la mandíbula de su enemigo antes de que éste pudiera hacer un solo disparo.

Dio un extraño salto, mientras soltaba la metralleta y se llevaba ambas manos al agujero que tenía en la mandíbula. Pero de pronto cayó verticalmente como una torre que se derrumba, y quedó arrugado en el suelo. La bala le había atravesado el cráneo de abajo arriba.

Al cesar los disparos, se oyeron silbatos lejanos en la avenida. Un par de hombres salieron de la clínica. Clark reconoció en uno de ellos al médico de guardia, el que poco antes había practicado la cura a David.

Enfundó su pistola.

—¿Qué es esto? —preguntó el médico—. ¿Una matanza?

—Puede llamarlo así. Sólo tenía que haber muerto yo, pero las cosas se han complicado.

—¿Puedo hacer algo por estos dos hombres?

—Creo que lo único que ahora necesitan es un ataúd, pero de eso no puede encargarse usted.

—¿Cómo ha terminado con éste No tiene ningún balazo?

—Es un golpe que me enseñó un instructor de la Infantería de Marina. Es sencillo y produce fractura de la base del cráneo. ¿Quiere que se lo enseñe?

En ese momento un patrullero se detuvo junto a la calzada con un brusco chirrido de neumáticos.

Dos agentes uniformados salieron al galope de él.

Clark conocía a uno de ellos.

—Hola, Tommy.

—Hola, Clark. ¿Qué es esto? ¿Quién ha matado a estos dos fulanos?

—Yo. Y no lo siento.

—¿Sabes que puedes haberte metido en un buen lío, según quienes sean?

—Primero compruébalo.

Tommy husmeó primero el cadáver que tenía la base del cráneo partida.

—Creo que estás de suerte, Clark —dijo luego, mirando al

detective—. Este tipo es Giuseppe Bolzano, uno de los pertenecientes al «Sindicato del Crimen». Estábamos deseando echarle el guante desde hace una buena temporada. Te creerán en cuanto sueltes lo de defensa propia, Clark.

—Es que ha sido defensa propia.

—¿Lo del otro también?

—Míralo: llevaba una metralleta.

—Sí, ya veo. Y es Jimmy Taylor, un «mecnógrafo»^[3] profesional. También pertenece a la misma asociación piadosa de Giuseppe Bolzano.

—¿Lo buscabais como al otro?

—Tenían que responder de cuatro asesinatos cada uno, aunque supongo que hubieran salido absueltos por falta de pruebas. Pero tú has ahorrado trabajo al juez. ¿Quién los ha contratado para que te apiolaran?

—No lo sé.

—Pero algo supondrás.

—Sí. Imagino que ha sido Brander.

—¿Brunner? ¿Estás seguro de lo que dices? Bolzano y Taylor no eran baratos. ¿Cómo tenía dinero ese tipo?

—Imagina que Brunner llevase siempre encima una importante cantidad en metálico, por lo que pudiera ocurrir. ¿No le habría bastado para contratar a estos dos tipos?

—Pero habrá tenido que moverse muy aprisa.

—No tanto. Hace ya dos días que le están buscando. Y Brunner no tiene un pelo de tonto.

—¿Es calvo?

Tommy se puso a reír su gracia, mientras movía un poco el cadáver con el pie. En aquel momento otro patrullero se detenía junto a la acera. El teniente Lambert, a quien Clark ya conocía también, saltó a tierra. Cuatro agentes uniformados se encargaron de mantener a raya a los curiosos.

—Hola, Clark —dijo Lambert—. ¿Has sido tú?

—Sí, yo mismo. Ya te explicaré.

Y le expuso en breves palabras lo que había sucedido. Lambert dio dos o tres lentas cabezadas, indicando que comprendía.

—Está bien; me acompañarás al Precinto para el atestado, y luego podrás largarte. Por puro trámite se reunirá el Jurado en la

investigación preliminar. Pero sólo te entretendrán un par de horas.

—Lo doy por descontado. Oye una cosa, Lambert.

—¿Qué?

—Estos dos tipos no eran muy hábiles. Quiero decir que pudieron haberme eliminado si llegan a ser un poco más listos y más decididos. Me he enfrentado con tipos mucho peores.

—¿Y qué?

—Nada; es una hipótesis.

—No veo la hipótesis por ninguna parte.

—Yo sí. ¿Te atreves a registrar por encima a estos dos tipos antes de que lleguen al forense y los fotógrafos, Lambert?

—Ni hablar.

Pero los fotógrafos y el forense estaban llegando ya. A aquella hora de escasa circulación, la maquinaria de la Policía Metropolitana de Nueva York funcionaba como un aparato de relojería.

El forense examinó los cadáveres, y los fotógrafos tomaron unas placas. Cinco minutos después ya todo había quedado listo para que la ambulancia se llevase los dos cuerpos.

Lambert se dio cuenta de la fría mirada de Clark.

—Está bien —dijo—; los registraré ahora.

Examinó los bolsillos de los dos cadáveres. No había nada de interés excepto algo que apareció en la cartera de Bolzano: tres billetes de primera clase para el expreso que partía hacia San Luis a la mañana siguiente.

—Los pájaros se disponían a emprender el vuelo —dijo Lambert.

—¿Sí? Después de liquidarme, por lo visto.

—Pero aquí hay tres billetes, y ellos eran dos —dijo Tommy—. Usted ya conocía a estos dos fulanos, teniente. Siempre trabajaban en pareja y *en sus asuntos no intervenía ningún otro miembro del Sindicato*.

—¿Quiere decir con eso que el que iba a viajar con ellos no era ninguno de sus compañeros?

Clark había encendido un cigarrillo y escuchaba sin tomar parte en la conversación, como si aquello no fuera por él.

—No —dijo Tommy—, debía ser otro tipo.

—¿Quién?

—Brunder.

Lambert hizo una mueca con los labios y miró a Clark.

—¿Crees tú que Brunder, con dinero suficiente, habrá contratado a estos dos tipos para apiolarte y luego habrá pensado marchar con ellos hacia el Oeste Central?

—Es posible.

—¿Para qué iba a llevarlos? ¿Para qué le protegieran?

—Y para que le sirviesen de pantalla.

—¿Qué quieres decir?

—Si había jaleo porque eran descubiertos, la policía tendría tanto interés en cazar a esos dos como a Brunder mismo. La persecución se dividiría y a él le sería más fácil escapar.

—No me parece demasiado ilógico.

—¿Y tú qué opinas, verdugo?

—A esos dos fulanos los ha contratado Brunder. Yo opino que siempre debía llevar encima una cantidad muy importante. Por otra parte, ya sabéis que Bolzano y Taylor no eran, a pesar de todo, de los pistoleros más caros del Sindicato. Estaban en crisis, y sus tarifas eran módicas, si se las compara con las de otros.

—¿Por qué había de tener interés en matarle?

—Primero por deseo de venganza, porque yo estuve a punto de matarlo a él, y Brunder es de los que no perdonan. Y en segundo lugar por miedo. Brunder pensaba que yo podría cazarle con más facilidad que toda la policía federal del país.

—¿Es que no son buenos los federales? —preguntó burlonamente Lambert.

—No tenían nada personal contra él, y se limitarían a los métodos rutinarios. ¿Cuántos perros de presa han sido enviados detrás de Brunder? Todos y ninguno. Yo, en cambio, sí tengo algo personal. Yo vi a una mujer degollada en París y he visto a otra muerta en Long Island. Brunder sabe que me gustaría matarle sólo por eso.

—Y ha querido eliminarte... —dijo pensativamente Lambert—. Está bien, lo cierto es que no lo ha conseguido. Y hay otra segunda cosa: ya no podrá largarse a San Luis.

En vista de que Clark guardaba un enigmático silencio, continuó:

—Pero es evidente que está deseando salir de la ciudad. El suelo quema aquí bajo sus pies, y no parará hasta irse bien lejos. ¿Sabes

por qué quería llegar hasta San Luis? Porque es fácil embarcar en cualquier barcaza de las que descienden por el Mississipi, llegar hasta Nueva Orleáns o descender antes, buscando la frontera de Méjico. Ésa era su intención, no hay duda.

Clark seguía guardando silencio.

—¿Qué opinas tú? —preguntó Lambert—. Me estás poniendo nervioso con tanto cerrar la boca.

—A mí me parece todo eso muy bien, Lambert.

—Seguramente te harán el trabajo los federales. Voy a dar cuenta inmediatamente de todo esto, después de dejarte a ti en el Precinto. Acompáñame, Clark, y prepárate a soltar el rollo de defensa propia antes de firmar el atestado.

Clark encendió otro cigarrillo.

Se dirigió al coche patrulla y penetró en él, sin dirigir ni una mirada a los dos muertos.

CAPÍTULO X

Esther llevaba una falda ceñida, corta, y una blusa blanca. Su tez estaba algo pálida, a causa de las horas que llevaba sin dormir, pero Clark no se fijó en eso.

Sólo se dijo a sí mismo que sería bonito ver cómo se las componía la muchacha para sentarse con aquella falda.

Tiró el cigarrillo en el umbral y preguntó:

—¿Puedo pasar?

—Hola; pase.

El sol mortecino de la tarde llegaba oblicuamente al umbral. Habían transcurrido casi veinticuatro horas desde que Clark mató a los dos pistoleros del «Sindicato del Crimen»... Y allí todo olía a paz, a quietud. Sólo al encontrarse allí uno pensaba que parecía imposible que pudiesen existir la violencia y la muerte.

La gran habitación donde él había peleado con Brunder, estaba relativamente bien amueblada ahora. La ventana había sido reparada. Con un poco de buena voluntad, uno hubiera podido decir que aquella casa tenía aspecto de hogar.

Esther cerró la puerta tras él. Pero el sol siguió penetrando, oblicuo y acogedor, por las dos grandes ventanas.

—¿Quiere beber algo, Clark?

—Bueno.

Ella preparó dos «Martinis». Tenía gracia y al mismo tiempo majestad en sus movimientos. Era —pensó Clark— como una bailarina a la que de repente hubiesen transformado en reina.

Tomó uno de los altos vasos. Se sentó.

—¿No se sienta usted? —le preguntó a ella.

Esther no tuvo más remedio que hacerlo.

Bueno, sucedió lo que Clark esperaba. La falda era demasiado

corta y demasiado estrecha. Cosas de la moda. Clark bebió su «Martini» de un solo trago, sin apartar su vista de allí.

Esther se daba cuenta de la inquietante atención que despertaba en Clark, y tenía el ceño fruncido. Pero no era por eso. Otros pensamientos completamente ajenos a la mirada del hombre, parecían ocupar su cráneo. Bebió un sorbo de su vaso.

—He leído los periódicos de esta mañana —dijo luego en voz baja.

—¿La sección de modas?

—No me gustan sus bromas macabras, Clark. Porque usted tiene una gracia macabra, si es que no se lo han dicho nunca. Sería capaz de beber champaña en el cráneo de un enemigo muerto.

—Ya lo he pensado alguna vez, pero ninguno de mis enemigos tiene el cráneo bastante grande.

El cuerpo de Esther se puso tenso.

—Anoche mató usted a dos hombres, Clark.

—¿Y a usted qué le importa? ¿Alguno de ellos era su marido?

—¡No le permito que hable así!

Tampoco yo permití a aquellos dos individuos que me desarmaran y dispararan con su metralleta. Sencillamente fue eso lo que ocurrió.

—¿Necesitaba matarles?

—Mientras yo luchaba con uno, el otro se disponía a llenarme el cuerpo de botones rojos. No podía elegir. Para defenderme del segundo, tenía que dejar completamente fuera de combate al primero. Yo no tengo la culpa de que mis manos siempre golpeen con demasiada fuerza. Pude no haberle matado, pero el caso es que la base de su cráneo era de mala calidad. Por lo visto no se la habían dado garantizada. Y se rompió.

—¿Y el otro?

—El otro llevaba una metralleta con su cargador completo.

Esther bebió otro poco de «Martini» mientras se ensombrecían sus ojos.

—¿Por qué me ha preguntado todo esto? —susurró Clark, mirando ahora su cara—. ¿Le asusta la muerte? ¿No sabía acaso en qué mundo de horror iba a sumergirse su hermano David?

—El no llevaba orden de matar.

—Yo tampoco.

—Usted matará a Brunder en cuanto caiga en sus manos, lo sé. No podrá dominarse, y luego dirá que golpeó con más fuerza de la que pensaba. Lo odia porque ha visto a algunas de sus víctimas. Pero más le odiamos nosotros, y sin embargo lo queremos vivo.

—Nadie ha dicho que yo vaya a matarlo.

—Lo que temo es que no pueda refrenar sus métodos de lucha, Clark. Al parecer, la instrucción que ha recibido se basa en conseguir la destrucción completa del adversario en el mínimo tiempo posible. Pero esa táctica no debe aplicarla a Brunder.

—Ya me está fastidiando con tanto sermón. Ni que fuera usted mi madre.

—Soy una mujer que quiere ver su cadáver.

—Esperemos que pueda verlo. Pero parece desear lo contrario.

—Nosotros no somos santos, Clark, y si tanta gente nos odia será posiblemente porque existe alguna razón. Pero nos gusta la legalidad. Queremos que todo se haga por sus pasos contados, siguiendo una especie de rito. Nuestra única justificación ante el mundo está precisamente en eso: en obrar según una apariencia de legalidad al menos.

—Y se está arrepintiendo ya de haber contratado los servicios de un asesino profesional como yo, ¿verdad?

—No es eso; usted puede capturar a Brunder, y estoy segura de que hemos hecho bien al confiar en usted, Clark. Pero me he asustado al pensar que puede suceder lo mismo que con los dos pistoleros de anoche. En ese caso pareceríamos unos asesinos y se nos situaría en el mismo nivel que a Brunder.

—No se preocupe tanto por él. Al fin y al cabo puede que él me mate a mí, como ha matado a otros. Pero si quiere mi promesa de que no lo mataré ni aunque me obligue a defender mi vida, la tiene. Le doy mi palabra de honor.

Los ojos de Esther chispearon un instante, y sus labios se entreabrieron en una sonrisa.

—Le creo, Clark.

—Hemos hecho un pacto. ¿Sabe cómo es costumbre aquí sellar esta clase de convenios?

—¿Cómo?

—Así.

Clark se puso en pie de repente, dejando caer el vaso sobre la

alfombra. Rodeó a Esther con sus poderosos brazos, la hizo levantarse y la besó. Esther tembló, impotente como un animalito, apretada contra su pecho.

Se rindió al fin, y cuando Clark la soltó, casi sin respiración, se dio cuenta de que nunca había besado a una mujer como aquélla.

Esther, sin fuerzas, cayó de nuevo sentada.

—Y ahora, hablando de cosas rutinarias, ¿cómo está tu hermano? —preguntó Clark sacando un cigarrillo.

Esther fue a contestar, pero en ese momento sus ojos giraron hacia un lado de la habitación y se detuvieron atónitos, un poco asustados.

Clark no miró hacia allí.

Sólo la contemplaba a ella. A ella, tan suave, tan llena de gracia vital, tan rebotante de pasiones que durante toda su vida había estado dominando para que nadie las notara.

Pero él las había notado. Esther no le engañaría nunca más. Era como una llama que, para desgracia de los dos, él había convertido en hoguera.

Fue después de estos pensamientos cuando Clark se volvió y miró hacia la puerta.

David, o más bien el fantasma de David, estaba allí.

Con su horrible cabeza vendada, con sus manos ligeramente crispadas, con aquellos dos horribles agujeros a la altura de los ojos, a través de los cuales vería un mundo de pesadilla.

Esther jadeó:

—David... ¿Qué haces aquí, David?

El no contestó. Sólo sus manos temblaron un poco, y se notó cómo sus músculos se relajaban.

—Es terrible eso de que no puedas hablar... —musitó Esther—. Pero si necesitas algo no debes salir aquí, no debes moverte como un fantasma... Hay un timbre en tu habitación, y yo acudiré enseguida.

El hizo un signo afirmativo con la cabeza y volvió a la habitación.

Al desaparecer él, fue como si desapareciera una de esas imágenes fantasmales que flotan en las pesadillas.

Esther cerró los ojos.

—Es horrible —musitó—. No puedo verle así, sufriendo de ese

modo y sabiendo que me es imposible hacer nada por él.

—¿Le aplicas tú misma la morfina?

—No. Me pidió anoche que le dejara la jeringuilla y las ampollas. De este modo, cuando siente dolor, se inyecta él mismo sin necesidad de molestarme. Fue inútil que yo le dijera que cuidarle no era ninguna molestia para mí.

—¿Se inyecta mucha morfina?

—En las últimas horas ha disminuido bastante la cantidad.

—En efecto, me ha dado la impresión de que ya no sufría tanto.

—¿Por qué te ha dado esa impresión?

—Por su modo de moverse. Desgraciadamente he visto a muchos hombres lesionados por el fuego, y sería capaz de decirte con una ojeada cuál es el grado de su sufrimiento.

Me alegra que compartas mi impresión: David está más calmado. Quizá le haya favorecido mucho el estar en esta casa y poder pasear por el jardín.

—¿Tiene humor para eso? La morfina que lleva encima debe ser bastante para que no le queden ganas de moverse.

—Ya te he dicho que ahora se inyecta menos. Y el andar calma los nervios, eso lo sabemos todos. Anoche, por ejemplo, David paseó durante largas horas por el jardín.

—¿Es que su habitación comunica directamente con él?

—Sí; y tiene una hermosa vista sobre el mar. ¿Pero a qué viene esa pregunta ahora, Clark?

—Sólo quiero saber si David corre algún peligro.

—¿Qué peligro va a correr? Brunder está fuera de la ciudad, y uno de nuestros hombres vigila constantemente la casa.

—¿Tiene comunicación con el mar ese jardín?

—Sí... ¿Por qué?

—Nada: un pensamiento estúpido. Si un hombre vigila esto día y noche, ya es suficiente.

—Se trata de un antiguo luchador armenio, un tipo experimentado. Si viese a Brunder o a alguien pagado por Brunder, lo trituraría.

—Para lo cual necesita verlo primero —dijo Clark pensativamente—. En fin, ése no es asunto mío, sino de la organización judía. Lo único que yo tengo que hacer es capturar a un asesino, sin importarme su nacionalidad. ¿Y tú? ¿No has

contratado todavía a una enfermera?

—He hablado con una, pero no empezará a prestar sus servicios hasta esta noche.

Clark encendió un cigarrillo, después que Esther hubo rehusado el que él le ofrecía.

—Lo celebro, porque esto tiene que ser agotador para ti. Forzosamente has de dormirte a veces, aunque quieras poner la máxima atención.

Miró a Esther a través del humo azulado del cigarrillo. Sus ojos grises y crueles escudraron el rostro inquieto de la muchacha.

—¿Qué piensas hacer cuando todo esto termine, Esther? —preguntó de repente.

—Volveré a Israel —musitó ella sin sorprenderse—. Aquélla es mi patria. Dirigiré una escuela, una biblioteca o una granja colectiva, qué sé yo... Haré lo que me ordenen y lo que sea más útil a mi país. ¿Sabes qué es mi país? Un recién nacido. Si entre todos no lo cuidamos, morirá.

—Y lo que estabais haciendo ahora, ¿se considera útil a tu país?

—Yo no lo hacía, sino David. Ésa es cosa de hombres. Pero contestaré a tu pregunta diciendo que nuestro pueblo tiene una antigua cuenta pendiente con los asesinos como Brunder, y que sus delitos exigen una reparación.

Los ojos de Clark seguían brillando, crueles, a través del humo azul del cigarrillo.

—¿No has amado nunca, Esther?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo sois las mujeres de tu raza? ¿Cómo entendéis el amor? ¿Cómo una entrega o como un desafío?

—No lo sé, Clark, porque no he amado nunca.

Clark susurró:

—Lo siento.

En aquel momento llamaron a la puerta. La misma Esther fue a abrir, encontrándose frente al teniente Lambert.

Clark se puso igualmente en pie.

—Hola, teniente.

—Hola, Clark, hiena solitaria. Me han dicho que te encontraría aquí, y por eso he venido. —¿Qué interés!

—No es que me importe si sigues vivo o si te han matado y

luego han envenenado a las fieras del Zoo con tu carne. Sólo pretendo un intercambio de informaciones. ¿Has averiguado algo de Brunder?

—Nada.

—¿Y te estás aquí, tranquilamente, como si no te importase?

—Quizá es que de verdad no me importa. ¿Qué has averiguado tú?

—Hemos vigilado todas las salidas de la ciudad, especialmente los trenes que se dirigen hacia el Oeste y hacia el Sur. Han sido cribados incesantemente, y los aviones y barcos no digamos. Brunder no estaba en ninguno de ellos.

—Puede haberse ocultado como un polizón. ¿Es que pueden vigilarse hasta ese extremo todos los barcos que salen del estuario?

—No, desde luego, pero me extraña un fracaso tan absoluto, una carencia de pistas tan completa. Y por eso he venido. Demasiado sé que eres una hiena y que lo guardas todo entre tus dientes, pero quizá tengas algo que contarme.

Clark hizo un gesto, mostrando sus manos vacías.

—Nada.

—Pues te confieso que eras una de mis esperanzas, Clark. A pesar de que éste es un asunto de los federales, nosotros también tenemos participación. Y en los programas de televisión ya empiezan a meterse con todos nosotros. No quiero ni leer los periódicos de esta noche.

—¿Qué le importa Brunder a la gente de aquí? —preguntó Esther con un gesto que era casi un desafío.

—Es un asesino fugitivo.

—Más lo es para nosotros.

Lambert la miró con atención.

—Usted no quiere que lo maten, ¿verdad?

—Me disgustaría que lo hicieran. No por él, sino por mi pueblo. Es mi pueblo el que tiene derecho a su vida.

—En ese caso le notifico, para que vaya acostumbrándose a la idea, que nuestros hombres y los federales tienen orden de disparar a matar. Una posible conexión entre Brunder y el llamado «Sindicato del Crimen», la organización de los asesinos profesionales es ya demasiado. Y hay una vieja medicina para evitarse complicaciones: nosotros sabemos cuál.

Esther le miró suavemente unos instantes, con cierta tensión en los músculos de su rostro. Luego la cortesía y la educación vencieron al fin. Dedicó a Lambert una amable sonrisa mientras le invitaba a sentarse.

—¿No quiere tomar una copa con nosotros, teniente?

Tengo mucho trabajo, pero aceptaré.

—No te preocupes, Esther —musitó Clark—; habrá dejado este teléfono para que le avisen en caso necesario. Lambert es un comodón, aunque no lo parezca, y a pesar de todo lo que dice nunca ha disparado contra un hombre sin hacerle antes más advertencias que páginas tiene la Biblia.

—No se debe parecer a ti —dijo despectivamente Esther.

Pero sus ojos brillaban.

De nuevo sonó el timbre de la puerta. Esther fue a abrirla.

La figura de un desconocido se recortaba en el umbral. Era un hombre de unos cuarenta años, vestido correctamente. Educado y frío, su rostro y su acento eran típicamente germánicos.

—Deseo pedirle un favor, señorita. ¿Usted es la hermana de un hombre llamado David?

—Sí. ¿Quién es usted?

—Me llamo Zeissman.

—¿No quiere pasar?

El alemán pasó e hizo una cortés inclinación a los dos hombres, pero se mantuvo distanciado y sin tomar asiento.

—¿Qué desea, señor Zeissman? —preguntó Esther—. ¿Qué clase de favor es el que puedo hacerle?

—Busco a un hombre llamado Brunder.

Esther parpadeó dos veces.

—¿Y qué le hace suponer que nosotros podemos ayudarle?

—Sé que ustedes lo buscan también.

—Pero no lo hemos encontrado. Si la policía diera con él, se enteraría usted enseguida a través de la Prensa.

El hombre hizo un gesto rígido. Casi se cuadró.

—Yo he sido militar, señorita.

—¿Qué tiene eso que ver con Brunder?

—Estuve a sus órdenes bastante tiempo.

—¿Es que usted... era un SS?

—Pertenece a ellas hasta que me expulsaron a principios de

1945. Me salvé por milagro del paredón de fusilamiento. No obstante, Brunder había sido mi superior, y es imprescindible que le vea.

—¿Para qué?

—Ése es un asunto entre los dos. Necesito, además, verle de una forma extraoficial, y puesto que es posible que ustedes den con él, me he atrevido a venir aquí a hacerle patente mi súplica.

El hombre hablaba con sequedad, pero con cortesía. Era difícil no impresionarse ante su acento y su extraña firmeza.

—Lo que me pide es muy extraño —dijo Esther.

—Todo es extraño en este mundo, Y más lo es todavía para los que vienen del Más Allá. Su acento era tenso, lúgubre. Esther miró a Clark y a Lambert como si instintivamente deseara sentirse acompañada. Pero el silencio de los dos hombres la confundió aún más. Susurró:

—¿De qué conoce usted a Brunder? Quiero decir: ¿cuál fue la última vez que lo vio?

—Fue en 1944.

—¿Dónde?

El extraño visitante apretó los labios, y la voz surgió silbante entre ellos.

—Fue en Varsovia. Estuvimos sitiados por los rusos y encerrados en el mismo «bunker»...

CAPÍTULO XI

Clark habló por primera vez:

—¿Y por qué está ahora aquí?

El alemán le miró de una forma lejana, como si la voz del detective le llegase desde otro planeta.

—Pertenezco al equipo de investigadores de Von Braun y tengo permiso legal de residencia en los Estados Unidos.

—No he querido decir eso. Pregunto por qué tiene interés en encontrar a Brunder.

—Para cumplir una orden.

—¿Qué orden?

—Ése es asunto mío y no espere que se lo revele. Pero le bastará saber que jamás he dejado de cumplir una orden, y que además ésta la considero sagrada.

Zeissman hablaba en voz baja, y era difícil que la conversación fuese oída fuera del lugar donde se encontraba el grupo.

—Está bien, amigo —dijo Clark—; por muy sagrada que sea esa orden, no sé si usted podrá cumplirla. Brunder tendrá el máximo interés en que nadie de con su paradero.

—Pero si lo capturasen, yo desearía hablar con él antes de que le den el pasaporte para el otro mundo.

—Tampoco es fácil que le den el pasaporte —sonrió Clark—. Yo no puedo matarle porque he prometido que no lo haría. Ni los federales ni la Metropolitana dispararán, a no ser absolutamente necesario. Y los que pretenden raptarlo ilegalmente, es decir, los judíos, tienen interés en cazarlo vivo.

—¿Por qué no impiden que lo raptan? —preguntó Zeissman—. Usted lo ha dicho: es ilegal.

—Ningún acto directo se ha hecho aún para raptar a Brunder —

intervino Lambert entonces—. Si esos actos se realizan, la policía los impedirá. Mientras tanto, debemos mantener a la expectativa.

Zeissman hizo otra leve inclinación de cabeza.

—¿Les importará que durante algún tiempo me mantenga cerca de ustedes?

—¿Y por qué ha de hacerlo? —preguntó Lambert—. ¿Qué le importamos nosotros?

—Presiento que serán ustedes los que darán con Brunder —dijo Zeissman en voz baja—. Y ya he dicho que necesito hablar con él antes de que ocurra algo inevitable.

Lambert susurró:

—Está bien; nadie puede impedirle que se encuentre cerca de esta casa, mientras no haga nada más que eso. Pero vaya con cuidado. No estoy dispuesto a tolerar que surjan más complicaciones.

La postura de Zeissman era casi militar cuando prometió:

—No las habrá.

Hizo una nueva inclinación y salió de la casa, abriéndose él mismo la puerta.

En el silencio que siguió a su marcha, Esther musitó:

—No lo entiendo.

—Algo relacionado con la guerra —dijo Lambert—. Pero no sé... Había algo siniestro en ese tipo. Parecía como si viniese de algún lugar de ultratumba.

En ese momento sus palabras fueron cortadas por el ruido ensordecedor del motor de una canoa, que parecía ir a precipitarse contra la casa.

Los dos hombres, extrañados, pasaron a la habitación contigua, que daba sobre el mar. Vieron una canoa deportiva pilotada por dos hombres, la cual se precipitaba rugiendo sobre la costa pedregosa, para virar hábilmente en el último segundo y regresar vertiginosamente al mar libre.

Lambert hizo una señal. Los dos hombres —vestidos con *shorts* y camisetas deportivas— pararon el motor.

—¿Qué ocurre? —gritó Lambert—. ¿Qué clase de campeonato es ése?

—Nos estamos entrenando —gritó a su vez uno de los

deportistas—. ¿Es que ocurre algo?

—En esta casa hay un herido grave, y además la vigila la policía. ¿Por qué no se van más lejos?

—Sólo serán cinco o diez minutos más, aprovechando este recodo y la marea. Luego no les molestaremos.

Lambert se encogió de hombros y regresó al interior de la casa.

—Imbéciles... —dijo por todo comentario.

En aquel momento sonó el teléfono. Esther lo tomó.

—Es para usted, teniente —dijo.

Lambert tomó el auricular, y a las primeras palabras se vio cómo se mordía el labio inferior y quedaban en tensión todos los músculos de su cuerpo.

Unos segundos después, colgaba el auricular.

—¿Qué ocurre? —musitó Clark.

—Han descubierto a Brunder. Está a punto de ser acorralado en un caserón junto a la playa, apenas a una milla de aquí.

CAPÍTULO XII

Lambert miró a su alrededor. Las sombras de la noche empezaban a insinuarse en las ventanas, que eran ya violáceas.

—Lo han visto los de un coche patrullero, pero son sólo dos hombres —dijo—. Necesitan ayuda inmediata si quieren capturar a Brunder. Voy enseguida para allí.

—Yo te ayudaré —dijo Clark.

—Oye, Clark, no quiero bromas. No quiero ver a Brunder con la nuca rota.

—No te preocupes, no lo tocaré.

—Acepto porque es cuestión de minutos. Ni tan siquiera tendrá tiempo de llegar otro patrullero antes que nosotros, y cuantos más hombres seamos mucho mejor.

—En ese caso —musitó Clark—, ¿por qué no viene también el agente judío que está vigilando esta casa?

Lambert miró a Esther.

—No tengo inconveniente —dijo ella—. ¿Qué protección hace falta aquí, estando Brunder acorralado a una milla de distancia? Incluso iré yo misma.

—No. Tú necesitas estar junto a tu hermano David —gruñó Clark—. Puede ocurrirle cualquier cosa y es preciso que no esté solo. Además, éste no es asunto tuyo.

Los dos hombres salieron precipitadamente. Esther les acompañó hasta más allá de la puerta, sólo para dar orden de que les siguiese el gigantesco judío que vigilaba la casa.

Luego ella volvió a entrar en el edificio.

Tuvo la extraña sensación de estar sola, espantosamente sola, como si acabara de entrar en su propia tumba.

Una luz morada, color de paño funerario, entraba por las

ventanas.

El silencio era absoluto, sólo roto por el ronquido de la lancha motora que ahora evolucionaba lejos de la casa.

Esther quedó quieta en el centro de la gran habitación.

No supo bien por qué, pero se le erizaron los cabellos de la nuca. Era absurdo. Nada de aquello tenía sentido.

Había transcurrido anteriormente una noche entera allí, sin sentir el más mínimo temor. ¿Por qué ahora la acometía aquella sensación de mujer acorralada, de mujer que va a morir?

¿Era quizá porque ahora la casa estaba sola, porque no la vigilaba nadie? Esther intentó luchar contra esta sensación.

Sintió frío.

Un frío que parecía moverse sobre su piel igual que el cuerpo de una serpiente. De pronto una puerta chirrió.

Esther prestó atención. Sintió que, inexplicablemente, una gotita de sudor empezaba a resbalar por su frente.

La puerta chirrió otra vez.

Se abrió por completo al fin, y el fantasma apareció en el umbral, mirándola a través de los dos agujeros negros de su máscara.

Esther se tranquilizó. Sintió que sus músculos se relajaban, y de sus labios escapó un suspiro.

—David... ¿Por qué vienes, David? —susurró.

Él no contestó. No dijo nada. Avanzó hacia ella tan silencioso como una de esas sombras que se mueven en las pesadillas.

Otra vez la gotita de sudor resbaló por la frente de Esther. No supo por qué. Otra vez sus músculos se pusieron tensos, como si una fuerza misteriosa los empujara por dentro. —David...— llamó—. ¿Por qué no contestas? ¡David!

El siguió avanzando.

—¡David!

Cuando estuvo lo bastante cerca, Esther pudo ver el brillo de sus ojos. No era un brillo humano, sino demoníaco. Era un brillo de ultratumba que no habían tenido nunca los ojos de David.

Esther fue a gritar.

No pudo.

El fantasma saltó sobre ella, y dos garfios de hierro atenazaron su garganta.

El aire faltó instantáneamente en los pulmones de Esther. Sintió que la lengua brotaba de entre sus labios.

Lanzó un grito ronco y con todas sus fuerzas golpeó el rostro del fantasma que estaba sobre ella.

Los vendajes, que en teoría debían estar muy sólidos, se deshicieron con facilidad. En vez del rostro deforme, atormentado, monstruo, de David, otro rostro se mostró a los ojos atónitos de Esther, que ya casi se salían de las órbitas: ¡El rostro del propio Brunder!

CAPÍTULO XIII

Los dedos apretaban metódicamente, con una fría precisión. No había salvación para Esther. Ésta sentía ya en su garganta las agonías de la muerte.

—Igual estrangulé a David... —rió Brunder—. El muy estúpido... ni siquiera acertó a defenderse. No hizo ruido, no servía para nada... Tan fácil de matar como todos sus hermanos de raza...

Apretó un poco más, retorciendo a la vez suavemente el cuello de Esther. Ésta se puso a rezar mentalmente, sin fuerzas ya para resistir. Era el fin.

—Todos habéis sido muy imbéciles... —jadeó Brunder, asistiendo a los espasmos de la agonía de su víctima—. Todos... Contraté a dos hombres incapaces para que atacasen a Clark, sabiendo que Clark los mataría y que encontrarían sobre uno de ellos tres billetes para San Luis... Así supondrían todos que yo deseaba marchar de la ciudad... ¡cuando lo que hice fue quedarme aquí, esperando mi oportunidad! La única dificultad que tuve fue entrar en la casa, esquivando al vigilante, porque lo demás... ¡lo demás fue todo tan sencillo como en el campo de exterminio de Auschwitz! Llevar el cuerpo desnudo de David hasta el borde del acantilado y arrojarlo con un peso atado a sus pies...

Vestirme sus ropas y sus zapatos, aprovechando que somos de la misma estatura... ¡Y luego vendarme, esperando mi momento! Ese momento ha llegado, imbécil... Se ve que se han confundido con un tipo parecido a mí y me buscan a una milla de distancia... Ahora lo único que he de hacer es salir y perderme en Nueva York... Dispongo de todo el dinero que David llevaba en sus bolsillos. Pero antes tú morirás como él... ¡Tú mo-ri-rás...!

Fue a dar el apretón definitivo. Los ojos de su víctima ya estaban

vidriosos. Y fue en ese momento cuando dos manos gigantescas lo levantaron en vilo, como si fuera un muñeco.

Brunder gritó, al adivinar instintivamente quién era aquella especie de gorila humano que lo levantaba por los aires.

Clark hizo un rápido molinete con él y lo arrojó contra la pared, que retembló con el impacto.

—Lo he oído todo... —Silabeó—. Y he tenido la paciencia de esperar hasta el último segundo... ¿Me creías imbécil?, ¿verdad? Pero no lo soy tanto como tú, asesino de mujeres. El hombre que en estos momentos se estará rindiendo tranquilamente a la policía es uno de mis ayudantes, al cual hice caracterizar para que pudiese ser confundido contigo. Sin un solo disparo te he obligado a descubrirte...

Sujetó a Brunder por las solapas y lo golpeó contra la pared salvajemente.

—Me di cuenta enseguida de tu jugada, Brunder, y supuse que querías ganar un par de días en Nueva York para que la vigilancia de la policía amainase, creyendo que ya estabas fuera... Supuse también que el escondite ideal para ti era éste, un escondite donde nadie te buscaría... Pero no podía asegurarme quitándote las venias porque, si me equivocaba, eso podría costar la vida a David. Por eso me las ingení para que quedaras a solas con Esther, porque sabía que no desaprovecharías su oportunidad. Pues bien, Brunder, tu oportunidad ha llegado. ¡Y es ésta! ¡Y ésta...!

Sus manos gigantescas se abatieron una y otra vez sobre el rostro de Brunder, convirtiéndolo en una máscara de sangre.

Esther, desde el suelo, tras recuperar angustiosamente la respiración, jadeó:

¡No le mates!

Clark soltó el guñapo en que se había convertido el cuerpo de Brunder. Se volvió ligeramente hacia Esther.

—Prometí que no lo mataría —susurró—. Está bien, ahí lo tienes...

De pronto los ojos de Esther se dilataron con un gesto de alerta.

—¡Cuidado!

Le decoración iba a cambiar instantáneamente. Brunder acababa de sacar de su funda axilar una pistola, aprovechando el momentáneo descuido de Clark, que lo creía completamente

vencido.

Clark se volvió, pero ya era tarde.

Brunder le encañonaba.

Se puso en pie poco a poco, mirando a Clark con fijeza diabólica, mientras sus labios rotos y ensangrentados se torcían en una sonrisa.

—¿Me creías vencido, eh...? Otros lo creyeron antes que tú, y ahora están muertos. ¡Los dos seguiréis el mismo camino! ¡No voy a perder ni un segundo con vosotros!

Su índice se cerró sobre el gatillo. Esther lanzó un sollozo. Pero Clark, sin parpadear, dejó que sus labios se entreabrieran en una extraña sonrisa.

—Antes de que me mates tengo que darte un mensaje importante —dijo—. Después ya no podría hacerlo.

—¡No intentes ganar tiempo!

—¿Tiempo? ¿Es que crees que me importa vivir dos segundos más? Antes ha preguntado por ti un hombre llamado... No puedo precisar el nombre... Terminaba en «man».

La mano con que Brunder empuñaba el revólver tembló perceptiblemente, como a impulsos de una brusca sacudida nerviosa.

—Dijo que había estado en Varsovia contigo, que los dos permanecisteis encerrados en el mismo «bunker» sitiado por los rusos... Y que quería darte un mensaje.

La mano de Brunder volvió a temblar.

—¡No es posible! —gritó—. ¡Es absurdo! ¡Yo lo maté!

—¿A quién?

—A Friedman. ¡No puede estar aquí! ¡No puede haber vuelto!

Clark recordó instantáneamente el nombre del extraño visitante. No era Friedman, sino Zeissman. Pero el pánico de Brunder venía de aquella confusión. No hizo nada para sacarle de ésta.

—Dijo que traía un mensaje... desde una tumba oscura...

Brunder tembló otra vez. Se hizo un repentino silencio, un silencio angustioso y sólo roto por el estertor jadeante que surgía de la garganta de Brunder...

—No puede ser —gimió—. Tiene que ser el mismo que ya me persiguió en París. El que conoció a Monique... ¡Pero no puede ser!

En aquel momento, dominando el estertor jadeante de Brunder,

sonó el timbre de la puerta.

—Es él —musitó Clark—. Dijo que estaría aguardando cerca. Es él...

Brunder lanzó un grito. El timbre volvió a sonar.

Disponiéndose a apretar el gatillo, el antiguo SS movió la pistola, que antes había desviado. Pero ya Clark había decidido aprovechar aquella oportunidad. Saltó sobre él, con un ímpetu brutal, y golpeó la mano armada de su enemigo.

Éste, sin embargo, tuvo tiempo de hacer fuego.

La bala alcanzó a Clark en una pierna, obligándole a doblarse y a caer al suelo. Brunder echó a correr hacia la habitación contigua.

El timbre volvió a sonar.

Clark no hizo uso de su «Special Police» porque Brunder se movía espasmódicamente y tuvo miedo de alcanzarlo en un punto vital. Sólo gritó, mirando a la muchacha:

—¡Abre esa puerta, Esther! ¡Abrela!

Esther corrió la hoja de madera. En ese momento Brunder, aterrorizado, saltaba desde la habitación contigua por una de las ventanas que daban al acantilado. Lanzó un grito al rebotar su cuerpo sobre unas rocas, cayendo al agua. Su grito fue ahogado por el estruendo ensordecedor de la lancha motora, que seguía haciendo maniobras.

Y de pronto silencio. Un silencio absoluto, total, como el silencio de la muerte.

Clark corrió hacia la ventana.

La motora se había detenido, y sus dos tripulantes miraban asombrados el bulto humano aplastado por la quilla, bajo la cual se extendía una espantosa mancha de sangre.

Clark se encogió de hombros. Bueno, aquello había sido el fin. Un fin no muy elegante para Brunder, desde luego, pero nadie elige el modo de su muerte.

Esther llegó en este momento. Venía mortalmente pálida, seguida de Zeissman.

—Me temo que ya no pueda transmitirle su mensaje —dijo Clark—. Pero estoy seguro de que ha hecho usted todo lo humanamente posible.

Zeissman, en silencio, sacó de uno de sus bolsillos un maravilloso diamante. Los ojos de Clark se nublaron, atónitos, al

ver aquello.

—Pero... ¿qué significa esto? —balbució.

—Fue una de las joyas que los alemanes se llevaron de las ciudades saqueadas del Este. Me la entregó en un «bunker» de Varsovia un hombre llamado Friedman pocos segundos antes de morir. Yo había estado sin sentido cerca de él, entre otros muchos soldados muertos. Me dijo que si salía de allí entregara esto al coronel Brunder. Que era la única joya que se había olvidado, porque no la llevaba en la cartera de mano. Y que le dijese también que otra vez tenía que hacer las cosas mejor... Yo juré que cumpliría el encargo. Nunca he desobedecido una orden. He pasado horribles privaciones, desde que salí del «bunker» por un agujero que daba a una alcantarilla, hasta hoy... Pero esta joya era sagrada. Claro que confiaba en que Brunder me entregaría una parte de su valor. Pero lo que yo quería era cumplir ante todo la orden...

Clark miró a Zeissman con una curiosidad que no estaba exenta de respeto.

—Buen soldado —dijo—. Y lamento que no haya podido entregar esta joya a Brunder, aunque deberá entregarla a la policía, que sin duda le recompensará por ello, una vez la haya hecho llegar a sus dueños, al otro lado del mundo. Pero el mensaje que salió de una tumba, el mensaje de Friedman, ya lo ha dado usted.

Miró la mancha sangrienta que se extendía, cada vez más, bajo la quilla de la canoa.

—Y Brunder —terminó— lo ha recibido.

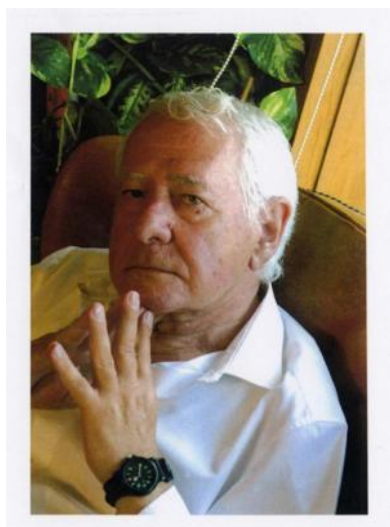
Volvió hacia el interior de la casa. Esther, sollozando, se arrojó en sus brazos.

No te preocupes —musitó él—. Tus pesadillas han terminado. Lo que ahora necesitas es encontrar un hombre que te quiera. Un tipo como yo, bondadoso, fino, simpático...

Esther se apretó más contra él.

Pero ya no lloraba...

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] El gas llamado «Cyclon B» era el empleado por las SS alemanas para sus matanzas en masa en los campos de concentración. < <

[2] Organización de asesinos profesionales que cobraban un tanto fijo por cometer sus crímenes, en los Estados Unidos. < <

[3] «Mecanógrafo», en el argot del hampa, es el que maneja la «máquina de escribir», o sea la metralleta. < <